

memorias en fragmentos

MIRADAS SOBRE EL HOLOCAUSTO / SHOÁ



Ministerio de
Educación
Presidencia de la Nación

PROGRAMA
**EDUCACIÓN
Y MEMORIA**

memorias en fragmentos

Presidenta de la Nación

Dra. Cristina Fernández de Kirchner

Ministro de Educación de la Nación

Lic. Juan Carlos Tedesco

Secretario de Educación

Prof. Alberto Sileoni

Subsecretaría de Equidad y Calidad

Prof. María Inés Abrile de Vollmer

Directora de Gestión Curricular y Formación Docente

Lic. Marisa Díaz

Director Nacional de Políticas Socioeducativas

Lic. Jaime Perczyk

Equipo de producción de este volumen:

María Celeste Adamoli, Manuela Fingueret, Federico Lorenz, Julia
Rosemberg y María Sonderegger

Coordinación Programa “Educación y Memoria”:

Federico Lorenz, María Celeste Adamoli

Equipo Programa “Educación y Memoria”:

Matías Farías, Cecilia Flachslan, Pablo Luzuriaga, Violeta Rosemberg,
Edgardo Vannucchi

Diseño y producción visual:

Ana Efron, Sergio Massun, José Luis Meirás
y Mario Pesci

ISBN:

ISBN:

Primera edición junio de 2009.

© 2009. Ministerio de Educación de la Nación Argentina.
Subsecretaría de Equidad y Calidad. Equipo «Educación
y Memoria»

Impreso en Argentina.

Publicación de distribución gratuita

Prohibida su venta. Se permite la reproducción total o
parcial de este libro con expresa mención de la fuente y
autores.

memorias en fragmentos

MIRADAS SOBRE EL HOLOCAUSTO / SHOÁ



Índice

Palabras del Ministro de Educación	9
Palabras del Secretario de Educación	11

PRIMERA PARTE

El Holocausto como espejo de la humanidad	15
Sobre las definiciones del genocidio	21
Metafísica del Holocausto, <i>Pablo Freinkel</i>	23
Solución final, <i>Alejandro Kaufman</i>	24
Hurbinek, <i>Ricardo Forster</i>	25
Los contrabandistas de la memoria, <i>J. Hassoun</i>	29
El buen uso, <i>Tzvetan Todorov</i>	30
Ejercer la memoria, <i>Nelly Richard</i>	32
La época del desprecio, <i>Albert Camus</i>	34
¿Por qué es un hecho único?, los hundidos y los salvados, <i>Primo Levi</i> ..	35
Sacudirse la indiferencia, <i>Eli Wiesel</i>	36

SEGUNDA PARTE

Las voces que llegan desde el tiempo	39
--	----

LOS CAMPOS

De esto contaréis a vuestros hijos	45
Adolf Eichmann, <i>Rudolf Hoess</i>	46
Acerca de la personalidad de los perpetradores, <i>Uri Jelin</i>	47
Un capítulo ominoso del homicidio nazi, <i>Pablo Dreizik</i>	49
La última enana de Menguele	50
Diálogo entre Primo Levi y Ferdinando Camon	52
Una temporada en el infierno, <i>George Steiner</i>	54
La línea blanca, <i>Jorge Semprún</i>	55

RESISTENCIAS

La biblioteca judía en el gueto de Vilna, <i>Abraham Zyberman</i>	59
Tiempo de recordar, <i>Jack Fuchs</i>	61
La resistencia judía, <i>Damián Szmulewicz</i>	63
La orgía de muerte y el levantamiento ético, <i>Israel Laubstein</i>	66
El gueto de Varsovia y la globalización aniquiladora, <i>León Rozitchner</i> . .67	
De Pésaj al Gueto (en conmemoración del levantamiento del Gueto de Varsovia), <i>Rabino Daniel Goldman</i>	68
La resistencia en el gueto de Vilna, <i>Daniel Feierstein</i>	70
La lectura en las Barracas. La pequeña biblioteca de Auschwitz, <i>Alberto Manguel</i>	71
Al maestro con cariño (sobre Janusz Korczak), <i>Rubén Naranjo</i>	73

VOCES Y MARCAS

Los poemas de los niños de Terezin...	77
Rodas, Auschwitz, Lager, Dachau, <i>Sara Jerusalmi</i>	80
Sobrevivir, <i>Bruno Bettelheim</i>	82
Ana Frank, <i>S. Bruchfeld</i> y <i>P. Levine</i>	84
Memoria, <i>Eugenia Unger</i>	85
Auschwitz, <i>León Felipe</i>	86
Nosotros los sobrevivientes, <i>Erika Blumgrund</i>	87
La voz de los sobrevivientes, <i>Lila Pastoriza</i>	88
Los límites de lo posible y lo esperable, <i>Alejandro Kaufman</i>	90

CRÉDITOS

Mirta Kupfernic	91
-----------------------------	----

Palabras del Ministro

La memoria del Holocausto se encuentra asociada al profundo dolor y al espanto que nos produce el recuerdo de esta tragedia, que muestra hasta donde puede llegar el ser humano en su capacidad de provocar el mal. Parece paradójico advertir que en la historia de la humanidad, la memoria es reivindicada más por las tragedias que por los avances de la democracia y la justicia. En este contexto, rendir homenaje a las víctimas del Holocausto, enseñar su significado, sus causas y sus responsables, forma parte de un proceso educativo general, destinado a destacar el valor de la memoria en la formación de nuestra identidad personal, de nuestra identidad como grupo y como sociedad.

Pero fortalecer la memoria no tiene que ver solamente con el pasado. También implica un compromiso con el futuro, porque no queremos que vuelvan el fundamentalismo autoritario, la xenofobia, la violencia y la intolerancia con el supuestamente diferente. Asimismo, tampoco queremos el individualismo a-social de aquellos que dejan la construcción de la identidad en manos del mercado. No se trata sólo de evitar el horror, muy importante de por sí, sino de promover entusiasmo y adhesión por los valores de respeto al diferente, del diálogo como forma de resolver el conflicto, del fortalecimiento de lo propio como camino para conocer lo ajeno. Enseñar el Holocausto es un componente fundamental de una educación que permita a las nuevas generaciones aprender a ***querer vivir juntos***.

El Holocausto tiene un significado universal y, a su vez, uno bien específico en tanto acontecimiento histórico. Los argentinos, que hemos vivido nuestra propia experiencia límite, somos conscientes de la importancia del ejercicio crítico de la memoria y por eso hemos dado pasos importantes en este camino. Nuestra Ley Nacional de Educación establece contenidos curriculares obligatorios en todo el país asociados a este objetivo. Participamos activamente del Grupo de Trabajo para la Cooperación Internacional en Educación, Rememoración e Investigación

del Holocausto (ITF), producimos materiales didácticos, formamos a los docentes y promovemos actividades de solidaridad en todos los niveles del sistema educativo.

Enseñar el Holocausto nos obliga a hacernos las preguntas educativas fundamentales. La primera de ella, parafraseando a Elie Wiesel, es ¿cómo se describe lo indescriptible?. La segunda, más cercana a las reflexiones de Primo Levi, es ¿cómo se formaron éticamente esos seres humanos que provocaron esta tragedia en la historia de la humanidad?. Los educadores estamos buscando respuestas a estos desafíos. Para avanzar, debemos ser capaces de experimentar metodologías que superen la distancia entre la retórica y la realidad en la formación ética. Gran parte de los discursos moralistas y espiritualistas tradicionales se basan justamente en esta disociación: declamar grandes principios que coexisten sin ningún conflicto con conductas reales alejadas, cuando no contradictorias, con los enunciados retóricos.

Educar en los valores éticos de la justicia y de la democracia significa ser capaz de evaluar contenidos y representaciones y de decir no. Los adultos tenemos que demostrarles a nuestros hijos, a nuestros jóvenes, que somos capaces de decir no a la discriminación, no a la injusticia social, no a la xenofobia, no a la violencia para resolver los conflictos. La preocupación más importante gira alrededor de cómo podemos llevar adelante estas propuestas en las salas de clase, en la familia, en la vida política, en el mundo del trabajo, en la vida asociativa. A los docentes, a los directores de escuelas, a los profesores, a los padres y madres, a los periodistas y comunicadores sociales, a los dirigentes políticos, religiosos, sindicales, empresariales y a los intelectuales en general nos corresponde esta tarea.

Ya fue citada en otras ocasiones la frase de Theodor Adorno, “Si la educación tiene un sentido, es evitar que Auschwitz se repita”. Debemos trabajar para eso, para que no se repita en ningún lugar del planeta y con ninguno de los pueblos que lo habitan. A eso nos comprometemos.

Lic. Juan Carlos Tedesco
Ministro de Educación de la Nación.

Palabras del Secretario de Educación

El Holocausto ha sido un hecho trascendental en la historia de la Humanidad. Significó un antes y un después en la cultura, en las artes, y en la conciencia acerca de la importancia de la vigencia de los Derechos Humanos; un llamado de atención con relación a los límites que el ser humano está dispuesto a alcanzar.

También resulta una marca imprescindible en referencia a la obligación de recordar. Se afirma que el que olvida, repite, por lo que el ejercicio de la memoria resulta un mandato para vigilar el resurgimiento de la intolerancia, el racismo y el desprecio por la vida en todas sus formas.

Siempre creímos que las escuelas resultan un espacio privilegiado para esa vigilancia, tanto como de la construcción de valores que garanticen que esto no vuelva a ocurrir. Sabemos que la historia no se repite. Sí, en cambio, se repiten las condiciones que favorecen la violencia y las matanzas.

El siglo XX, que acabamos de abandonar, ha sido uno de los más violentos que han existido, por el desarrollo tecnológico, por la escala planetaria de las guerras, por la intolerancia religiosa y los fundamentalismos. Pero también, el siglo XX ha albergado la utopía de sociedades más justas e igualitarias, y se han instalado, aunque deban consolidarse pisos de conciencia, que las sociedades desarrolladas se han comprometido no abandonar. Hay allí, entonces y como siempre, la posibilidad de elegir, y de intervenir.

El Ministerio de Educación de la Nación Argentina tiene plena conciencia de este desafío, y del lugar irrenunciable que la educación pública tiene en la tarea de educar para la tolerancia, el respeto por los derechos humanos y la defensa de la democracia como forma de garantizar los derechos humanos, económicos y sociales de las personas.

Es una convicción que surge de la propia historia, atravesada hace tres décadas por la violencia y el terrorismo de Estado. Ninguna violencia es única ni irrepetible, no hay dolores más fuertes o legítimos, y es deber del Estado ofrecer las herramientas para atemperar el dolor de las memorias del modo más efectivo, que las violencias que los generaron no se repitan. Una experiencia, aunque esté alejada en millares de kilómetros y décadas de nuestra realidad, es urgente porque toca los hilos de la propia memoria y sensibilidad. El camino inverso acerca a los pueblos y las culturas, para que la voz de la denuncia y la memoria, que es el recuerdo de la necesidad de educar en la memoria como instrumento de intervención crítica, se vuelva audible para la mayor cantidad de semejantes. La dolorosa reiteración de nombres y lugares de genocidios y matanzas después de Auschwitz es el mejor recordatorio de la urgencia de esta tarea.

El sentido del material que hoy llega a sus manos, una selección de fuentes y propuestas y actividades sobre el Holocausto, es ese. Una propuesta de reflexión sobre los niveles de crueldad que la humanidad puede alcanzar, y cómo aún en esas circunstancias, también, hay espacio para la resistencia y la construcción de un mundo distinto donde esas acciones no sean posibles.

Prof. Alberto Sileoni
Secretario de Educación

PRIMERA PARTE



El Holocausto como espejo de la humanidad

El Holocausto fue un punto de inflexión en la historia universal. Único en su especificidad, es una imagen que nos interpela y un espejo en el cual pensar los procesos sociales también únicos de distintas partes del mundo. Desde el punto de vista de la escuela, este momento de la historia humana es un acontecimiento que permite la reflexión sobre diversas cuestiones. Los usos y abusos del poder nos llevan a pensar en las responsabilidades individuales y colectivas, de las sociedades y sus gobiernos, frente a las violaciones de los derechos humanos universales, establecidos precisamente como un «umbral de humanidad» como una consecuencia directa de la experiencia genocida.

Se trata también de un alerta profundo acerca de las consecuencias del silencio y la indiferencia frente al sufrimiento de los demás. Expresión máxima de la intolerancia y la exclusión, estudiar el fenómeno de la Shoá contribuye, por oposición, a reflexionar acerca de la necesaria tolerancia que permita la convivencia en sociedades complejas y diversas. En un mundo globalizado, atravesado por violencias y por desigualdades cada vez más profundas, actúa como una advertencia de lo que sucede cuando ni el respeto por la diferencia ni la idea de coexistencia o convivencia son objetivos y valores incorporados a las prácticas sociales en los más variados niveles.

La historia del Holocausto / Shoá es también la historia del capitalismo, que puso al servicio de la destrucción de la humanidad los mayores avances tecnológicos y organizativos de su época. ¿Cómo revertirlo, vistas las noticias con las que día a día despertamos? Es difícil de responder. Sin embargo, las consecuencias de no hacerlo están en nuestro pasado común: allí están los campos y las ruinas de los guetos.

No se trata, en consecuencia, de una idealización en términos absolutos de bien y mal, sino de asumir la responsabilidad como sujetos frente a la Historia como una construcción. Seres humanos ejercieron su poder sobre otros, apoyándose en un aparato ideológico y material que hizo posible el exterminio, que fue *enseñado* y *aprendido*. Planificaron la matanza, la justificaron, la ensalzaron. El genocidio, antes de ejecutado, fue pensado. Por lo tanto, y desde este presente que es su consecuencia, es necesario volver a reflexionar. Pensar ese pasado en su complejidad, en su multitud de factores y casos, que no implica ni relativizar ni justificar a partir de la comprensión, sino lo contrario: entender, a partir de la noción de responsabilidad, que el Holocausto fue una posibilidad en un momento dado, y que se materializó en la barbarie por múltiples decisiones que lo hicieron posible.

En tanto un genocidio es un crimen contra la humanidad, sancionado por leyes, declaraciones y convenios internacionales, cada uno de estos episodios es una herida a la Humanidad en su conjunto, y nos transforma a todos los seres humanos en sus víctimas, en portadores tanto de la marca de esa barbarie como de la posibilidad del cambio.

Un poco de historia

El exterminio masivo de personas es un fenómeno muy antiguo. En numerosas ocasiones el dominio de un pueblo sobre otro se apoyó en la matanza sistemática del vencido, en su desplazamiento, o en su sometimiento por la esclavitud.

Desde las deportaciones masivas de los asirios hasta la siembra de sal en los campos cartagineses por parte de los romanos; desde la crucifixión de los esclavos rebeldes capitaneados por Espartaco o los exterminios alimentados por la religión, hasta llegar a las miles de víctimas del colonialismo europeo, en todas estas prácticas subyace la construcción de una alteridad, un otro que es considerado inferior (lo que habilita al «superior» a someterlo), o bien una amenaza a la comunidad, una encarnación del mal que debe ser extirpada.

Con la llegada de Colón a América, en 1492, y la consolidación de los imperios transoceánicos, se discutió si los pueblos indígenas eran humanos o no, tanto para definir su *status* ante el soberano como para establecer si podían ser vendidos como esclavos; mientras tanto, en España, se les daba a los musulmanes y judíos, radicados en la Península Ibérica desde hacía siglos, solo una opción brutal: la conversión o la expulsión.

Pensemos también en la llamada «Conquista del Desierto», como se designó a las expediciones militares de ocupación de territorios dentro del Estado argentino en el último cuarto del siglo XIX. Ese «desierto» estaba

poblado por numerosos pueblos, aniquilados o desplazados en aras de un proceso «civilizatorio» que esperaba sustentarse en la inmigración europea.

En Australia, que atraviesa hoy un incipiente proceso de reparación, se habla de una *generación robada*: los hijos de aborígenes y blancos que bajo la consigna de *Keep Australia White* (mantengamos blanca a Australia) eran arrancados de sus hogares y ubicados en orfanatos, para luego ser dados a familias de origen europeo a fin de borrar su marca aborigen. Se trataba de un mecanismo reglado de «purificación» y entre 1885 y 1967 fueron pocas las voces que consideraron a este procedimiento un robo de niños.

Es que aunque los estados modernos legislaron ya a finales del siglo XIX acerca de las reglas de la guerra, tales leyes no se consideraban aplicables en el caso de los «inferiores»: las políticas coloniales de arrasamiento encontraron su fundamento en la convicción de que «el hombre blanco» aportaría el progreso con su mera instalación y reproducción en los espacios ocupados. Así, algunos consideran que la Italia fascista aplicó prácticas genocidas durante la conquista de Abisinia, en África. También, durante la guerra bóer, en la actual Sudáfrica, las fuerzas británicas recluyeron a las familias de los colonos boers en campos de concentración. Y en la Argentina, las masivas huelgas obreras de la Patagonia de 1920-1921 fueron reprimidas mediante el fusilamiento masivo y clandestino de cerca de tres millares de huelguistas.

Sin embargo, la noción del *genocidio* es reciente: fue acuñada en la primera mitad del siglo XX. Los crímenes conocidos con ese nombre son un fenómeno intrínseco a la modernidad: sin el desarrollo tecnológico y político alcanzado por algunas formas de organización social, sin el vuelco de todos esos recursos a la masacre, serían impensable el Holocausto u otras matanzas. Difundido en el mundo del derecho y las ciencias sociales a partir de la masacre de armenios perpetrada por el Estado Turco a principios

del siglo XX, el concepto de genocidio cobró relevancia y se instaló con fuerza en el derecho internacional a consecuencia del nazismo y el proceso de aniquilación perpetrado sobre distintos grupos sociales que fueron percibidos por el régimen nazi como una amenaza. En 1948, la recientemente creada Organización de las Naciones Unidas sancionó la *Convención para la Prevención y la Sanción del Delito de Genocidio*, que establece la noción: genocidio es «cualquiera de los actos mencionados a continuación cometidos con la intención de destruir, total o parcialmente, a un grupo nacional, étnico, racial o religioso, como tal:

- (a) Matanza de miembros del grupo;
 - (b) Lesión grave a la integridad física o mental de miembros del grupo;
 - (c) Sometimiento intencional del grupo a condiciones de existencia que hayan de provocar su destrucción física, total o parcial;
 - (d) Medidas destinadas a impedir nacimientos en el seno del grupo;
- Traslado por fuerza de niños del grupo a otro grupo.»

Sin embargo, pese a la legislación internacional, se han producido otros genocidios en estos cincuenta años en distintos lugares del mundo. El avance en la conciencia y el respeto por los derechos humanos convive con la realidad de un tercer milenio que, al decir de Eric Hobsbawm, ha comenzado bajo el signo de la violencia.

En Camboya, el régimen del Khmer Rouge produjo matanzas tan grandes que el 81% de la población perdió al menos a un familiar durante el régimen de Pol Pot. En el Perú, el 75% de los más de 26.000 casos registrados por la Comisión de la Verdad y Reconciliación de ese país fueron campesinos quechua hablantes radicados en las zonas socio económicamente más desfavorecidas del país. En Guatemala, sucedió lo mismo: tras 36 años de guerrilla y represión, la abrumadora mayoría de los doscientos mil muertos en ese proceso son de origen *maya*. Las masacres durante la guerra civil en los Balcanes también tienen un contenido étnico. Acaso

dentro de unos años, a la lista histórica de matanzas se agreguen nombres como Dasht Leili, en Afganistán, donde en 2001 el Ejército de ocupación estadounidense asesinó sin juicio y enterró clandestinamente a unos tres mil guerrilleros talibanes.

En todos estos casos como en muchos otros, una de las piezas centrales que autorizaron la matanza fue la construcción de una víctima concebida como una amenaza a la comunidad, justificada a la vez en elementos étnicos, religiosos o políticos bien concretos. En el caso del Holocausto, la construcción del «judío» combinó elementos antisemitas con el temor a la extensión del comunismo común a muchas sociedades europeas.

El Holocausto/ Shoá

¿Cuál es la especificidad del Holocausto? Desde que los primeros sobrevivientes comenzaron a hablar, desde que las primeras imágenes de los campos recorrieron el mundo, la matriz conceptual para pensar las masacres es la del exterminio perpetrado por los nazis desde la década del treinta del siglo XX pero, particularmente, durante la Segunda Guerra Mundial.

Se conoce como Shoá u Holocausto al asesinato sistemático de los judíos de Europa, implementado por los nazis durante la Segunda Guerra Mundial (1939-1945). La mayor parte de las víctimas provenía de Europa Oriental, especialmente Polonia y la ex Unión Soviética. Muchos judíos de la Europa Occidental, asimismo, fueron asesinados en las cámaras de gas ubicadas en los campos de exterminio en Polonia. Pero no todos murieron de ese modo: otros murieron de hambre, o por distintas enfermedades, o asesinados por pelotones de fusilamiento o exhaustos por el trabajo esclavo. No se conoce con exactitud la cantidad de víctimas, pero existe un acuerdo en hablar de entre cinco y siete millones de personas asesinadas por el dispositivo exterminador.

El nacionalsocialismo hablaba eufemísticamente del *Endlösung der Judenfrage*, la Solución Final del Problema Judío. Es importante recordar que los judíos no fueron sólo «víctimas civiles de la guerra», se los persiguió y exterminó en forma específica por su condición de tales, por lo que *eran*. Junto a ellos, los nazis masacraron a prisioneros de guerra considerados racialmente inferiores, adversarios políticos, personas con capacidades especiales, homosexuales y hombres y mujeres de distintas religiones y etnias. Por ejemplo, se encarnizaron particularmente con los prisioneros de guerra de la Unión Soviética, y los gitanos y pueblos Rom, a quienes consideraban infrahumanos.

Para hacerlo, implementaron una gigantesca maquinaria represiva en toda la Europa ocupada: construyeron seis campos de exterminio destinados a producir muerte a escala y con métodos industriales: Auschwitz, Treblinka, Belzec, Sobibor, Chelmno y Majdanek y entre dos mil y cinco mil campos de concentración de distintas escalas y características, cuya principal función era la de la reunión, tortura y aniquilamiento de los seres humanos allí detenidos. Destinados a la represión política y a la eutanasia, algunos existían en Alemania desde 1933, como Dachau. A su vez, los *Einsatzgruppen*, los escuadrones de la muerte, recorrieron sistemáticamente los territorios ocupados en busca de sus víctimas.

La población judía, concentrada en guetos en las principales ciudades de Europa oriental, como paso anterior a su deportación a los campos de concentración, fue sometida a durísimas condiciones que produjeron millares de víctimas por hambre. Pero hubo algunos casos de fuertes rebeliones y la más importante fue la protagonizada por los habitantes del Gueto de Varsovia, en 1943.

Las palabras Holocausto y Shoá se popularizaran luego de la guerra. Hacia finales de la década del cincuenta, la palabra Holocausto -originada en la

palabra griega *holokaustos*: sacrificio en el fuego a la divinidad- era la más utilizada en relación con la matanza, y lo sigue siendo hasta hoy.

El impacto de la experiencia de la Segunda Guerra Mundial se puede ver en el hecho de que antes de que la humanidad conociera la existencia de los campos de exterminio construidos por los nazis, la expresión había sido utilizada en general para referirse solo a catástrofes naturales. Pero después de Auschwitz, está indisolublemente asociada al genocidio perpetrado por los nazis y sus cómplices.

Es importante destacar que muchas veces utilizamos la palabra *holocausto* para referirnos no sólo a la masacre de los judíos sino también a las de otros pueblos cometidas entre 1933 y 1945. Desde entonces, episodios genocidas como el de Rwanda, o el argentino, también son ocasionalmente nombrados como «holocaustos».

Se trata, sin embargo, de un fenómeno de sentido común que debe ser desmontado y matizado. Una de las objeciones más fuertes que se le hace a la expresión «Holocausto» es su etimología de «ofrenda sacrificial». No es posible proponer la menor conexión entre la muerte en las cámaras de gas y el sacrificio (la «entrega a motivos sagrados y superiores»), entre Auschwitz y el *olah* bíblico, entre hornos crematorios y altares, señala Giorgio Agamben. Por eso es que para referirse al exterminio nazi se comienza a sostener la idea de hablar de Shoá. Esta palabra, de origen hebreo, significa «devastación, catástrofe» -y en la Biblia indica a menudo «castigo divino»- y se usaba ya durante los años de la guerra. Las víctimas del genocidio no marcharon voluntariamente a su muerte.

Ahora bien, se discute si la Shoá es un acontecimiento único. Para responder a este cuestión, cabe preguntarse qué papel jugó el antisemitismo en la Shoá. Desde esta perspectiva, algunos investigadores sostienen que fue la única ocasión en la Historia en la que una nación trató sistemáticamente

de asesinar a todo hombre, mujer o niño de una minoría étnica o religiosa planteándose como un objetivo político. En el caso de los judíos, los nazis crearon un completo aparato burocrático para lograr ese propósito. Sin embargo, otros historiadores señalan que enfatizar el carácter único de la Shoá puede ser contraproducente. Cada catástrofe o genocidio tiene semejanzas y diferencias con otras, y a la vez cada una de ellas es única. En consecuencia, enfatizar el carácter único del Holocausto contribuye a focalizar nuevamente en un grupo religioso o étnico, a la par de construir una jerarquía entre las víctimas.

Argentina

¿Qué nos dice la Shoá acerca de nuestra propia experiencia límite? Entre 1976 y 1983, el Estado terrorista argentino desarrolló una política sistemática de persecución y aniquilamiento que en numerosos puntos permite comparaciones con la Shoá¹. Algunos autores ven continuidades entre la Shoá y la experiencia argentina, mientras otros se resisten a la comparación.

Lo indudable es que, en la experiencia de víctimas y perpetradores, las referencias a la experiencia de los campos nazis –vívica o recordada en tanto transmitida– para evocar la propia es innegable. También hay testimonios de sobrevivientes acerca de la simbología y la ideología nazis presentes en los campos clandestinos argentinos. En los primeros años de la posdictadura las referencias al horror nazi fueron recurrentes para describir la experiencia argentina y, recientemente, un documental sobre el Juicio a las Juntas (1985), se tituló *El Nuremberg argentino*, en alusión al juicio contra los jerarcas nazis tras el final de la Segunda Guerra Mundial.

Desde mediados de la década del cincuenta, las Fuerzas Armadas argentinas, en el marco de la *Doctrina de Seguridad Nacional* (DSN, elaborada e impulsada desde Estados Unidos), se prepararon para combatir –y en última instancia aniquilar mediante el exterminio– a un «enemigo» que tenía «características particulares»: se «camuflaba» entre la población, y por lo tanto había que aplicar «técnicas especiales» (la tortura, la detención y ejecución ilegales) para combatirlo.

La DSN introdujo en las fuerzas armadas de numerosos países la idea de que las fronteras territoriales habían sido desplazadas: la guerra se daba ahora entre contendientes separados por fronteras ideológicas, y entonces el «enemigo» pasaba a ser todo aquel que se considerara un adversario político. El mundo se dividía en dos bloques: el mundo «occidental y cristiano» y los países de la Unión Soviética y sus aliados, esencialmente las ideologías de corte marxista y revolucionario.

El «otro» construido bajo esta concepción era difícil de reconocer porque nada lo diferenciaba de un estudiante, un obrero o un vecino. Esta idea funcionó tanto en las expediciones punitivas estadounidenses durante la guerra de Vietnam, como antes en Argelia durante la represión francesa, y fue la base de la caracterización del «subversivo» en la Argentina. En el marco de la Guerra Fría, las luchas políticas locales construyeron una creciente deshumanización del adversario, que llegó al extremo en los centros clandestinos de detención durante la dictadura, pero que tiene antecedentes en la historia política del país: los sucesos de la Patagonia ya mencionados, la Semana Trágica en 1919, los bombardeos a Plaza de Mayo en junio de 1955, los sucesivos golpes de Estado en los años treinta, cuarenta y cinco y sesenta y seis.

1. Las investigaciones más recientes de distintos campos de las ciencias sociales hacen considerar que la fecha de «instalación del terrorismo de Estado» en la Argentina debe ser revisada, llevándola a varios meses antes del golpe del 24 de marzo de 1976, es decir, durante el régimen constitucional.

Conviene destacar, sin embargo, que la marca distintiva de la dictadura de 1976 fue su voluntad reorganizadora (se autodenominó Proceso de Reorganización Nacional): las Fuerzas Armadas, con el apoyo y la complicidad de sectores económicos, sociales y políticos, diseñaron y condujeron un aparato represivo destinado a producir un disciplinamiento de la sociedad basado en el terror.

Como sostiene la politóloga Pilar Calveiro, sobreviviente ella misma a esta maquinaria, este hecho histórico nos devuelve una demanda fundamental: «No hay campos de concentración en todas las sociedades (...) No existen en la historia de los hombres paréntesis inexplicables. Y es precisamente en los períodos de 'excepción', en esos momentos molestos y desagradables que las sociedades pretenden olvidar, colocar entre paréntesis, donde aparecen sin mediaciones ni atenuantes los secretos y las vergüenzas del poder cotidiano. El análisis del campo de concentración, como modalidad represiva, puede ser una de las claves para comprender las características de un poder que circuló en todo el tejido social y que no puede haber desaparecido. No menos ilusorio es que la sociedad civil suponga que el poder desaparecedor desaparezca, por arte de una magia inexistente»².

No todas las sociedades producen campos de concentración y de exterminio. Por lo tanto, interrogarnos acerca de las condiciones que los hicie-

ron posibles se transforma para nosotros en una responsabilidad, en tanto educadores y ciudadanos. Es en este sentido que reflexionar sobre una experiencia como la Shoá puede arrojar luz sobre el caso argentino.

Con la edición de este libro, el Ministerio de Educación de la Nación busca acercar elementos para acompañar una transmisión necesaria y compleja de estas cuestiones. Para dimensionar, desde las más variadas expresiones humanas, un episodio único que es una demanda diaria de alerta y responsabilidad. Asumiendo que la transmisión no es un proceso lineal, las fuentes seleccionadas y los fragmentos rescatados de producciones sobre el tema buscan sumar elementos para una apropiación crítica del pasado. Esperamos que estas memorias en fragmentos, estas miradas sobre la Shoá, sirvan como propuestas de lectura, como ejercicios de debate para trabajar en las aulas donde formamos a las nuevas generaciones.

El impacto de la Shoá ha sido determinante para pensar la sociedad y las culturas contemporáneas. A continuación, ofrecemos una selección de fragmentos de obras que nos permiten ubicar conceptualmente la problemática del genocidio, su impacto y algunos desafíos que implica su transmisión. ■

2. Pilar Calveiro, *Poder y desaparición. Los campos de concentración en la Argentina*, Buenos Aires, Colihue, 1998, p. 38.

Sobre las definiciones del genocidio

La conceptualización del genocidio implica una construcción histórica que involucra visiones jurídicas, sociológicas e históricas que interactuaron a lo largo del siglo XX. Aquí proponemos algunas de las distintas tipologías que los especialistas elaboraron para clasificar este fenómeno social:

Según la Convención para la prevención y sanción del delito de genocidio de las Naciones Unidas (artículo 2º) (1948):

Se entiende por genocidio cualquiera de los actos mencionados a continuación, perpetrados con la intención de destruir, total o parcialmente, a un grupo nacional, étnico, racial o religioso como tal: a) matanza de miembros del grupo; b) lesión grave a la integridad física o mental de los miembros del grupo; c) sometimiento intencional del grupo a condiciones de existencia que hayan de acarrear su destrucción física, total o parcial; d) medidas destinadas a impedir nacimientos

en el seno del grupo; e) traslado por la fuerza de niños del grupo a otro grupo.

Según Chalk y Jonassohn desde el punto de vista del perpetrador son genocidios:

- a) aquellos implementados para eliminar una amenaza real o potencial a la sociedad;
- b) aquellos implementados para diseminar el terror entre enemigos reales y potenciales;
- c) aquellos implementados para adquirir riqueza económica;
- d) aquellos implementados para desarrollar una creencia religiosa, una teoría científica o una ideología.

Israel Charny establece una clasificación:

- a) Masacre genocida (ligada a la «pequeña escala» en que se desarrolla la práctica);

- b) Genocidio intencional (aquel desarrollado con la intención explícita de destrucción de un grupo, sea este del tipo que fuere);
- c) Genocidio en el curso de procesos de colonización o de consolidación de poder;
- d) Genocidio en el curso de una guerra agresiva (matanza de civiles en acciones militares);
- e) Genocidio como modalidad específica de los «crímenes de guerra»;
- f) Genocidio como resultado de la destrucción ecológica.

Vahakn Dadrian elaboró una tipología vinculada a los resultados de las prácticas genocidas:

- a) Genocidio cultural;
- b) Genocidio latente (como resultado de matanzas sin intención previa de aniquilamiento);
- c) Genocidio retributivo: matanzas cuyo objetivo es el castigo a una minoría que desafía a un grupo dominante;

- d) Genocidio utilitario: aquel que se realiza con el objetivo y resultado de obtener el control de recursos económicos;
- e) Genocidio óptimo: cuando se busca el aniquilamiento total de una población. Los casos prototípicos de este modelo serían el genocidio armenio y el genocidio judío implementado por el nazismo.

Helen Fein distingue entre los genocidios «previos al Estado nación moderno»:

- a) aquellos cometidos para eliminar a miembros de otra fe;
- b) aquellos cometidos para exterminar a otras tribus o pueblos.

y aquellos «posteriores»:

- a) para legitimar la existencia estatal;
- b) para eliminar a un grupo originario que bloquea la expansión estatal;

- c) como reacción a una rebelión contra el Estado.

Daniel Feierstein, por último, comparte la separación entre genocidios premodernos y modernos, y para aquellos producidos a partir del desarrollo del «Estado nación» distingue los siguientes tipos:

- a) genocidio constituyente, aquel cuyo objetivo, en términos de relaciones sociales, es la constitución de un Estado nación, para lo que se requiere el aniquilamiento de todas aquellas fracciones excluidas del pacto estatal, tanto poblaciones originarias como núcleos políticos opositores al nuevo pacto social;
- b) genocidio colonialista: es aquel que involucra la aniquilación de poblaciones autóctonas, básicamente como necesidad de utilización de los recursos naturales de los territorios que ocupan y/ o como estrategia de subordinación de la población originaria (...);

- c) genocidio poscolonial: se refiere específicamente al aniquilamiento de población producto de la represión a las luchas de liberación nacional;
- d) genocidio reorganizador: remite a la aniquilación cuyo objetivo es la transformación de las relaciones sociales hegemónicas al interior de un Estado nación preexistente.

de **Daniel Feierstein**, *El genocidio como práctica social. Entre el nazismo y la experiencia argentina*, Buenos Aires, FCE, 2007.

Metafísica del Holocausto

Pablo Freinkel

Holocausto, o mejor expresado con la palabra hebrea Shoá, que significa devastación, destrucción, humillante aniquilación, desolación, es la denominación que ha recibido el asesinato deliberado, premeditado y minuciosamente planificado de seis millones de judíos en sitios específicos contruidos al efecto llamados guetos, campos de concentración y exterminio, durante el período que se extiende entre 1933 hasta pocas semanas antes de la capitulación alemana frente a los ejércitos aliados en mayo de 1945.

Más arbitrario, más perverso, menos azaroso que llevar a cabo el asesinato deliberado de seis millones de personas, entre ellas un millón y medio de niños, fue la decisión tomada para que ocurra porque sienta el precedente de lo realizable aunque monstruoso, porque es peor imaginar que un delito es posible, que el delito mismo. El Holocausto es una experiencia imposible de mensurar en su conjunto. Abarcar los hechos en un solo proyecto se tornará en una tarea que terminará siendo incompleta, cometiéndose en

consecuencia una grave injusticia con quienes fueron sus víctimas. Se torna necesario, entonces, buscar la forma de llegar a comprender su complejidad a través de los testimonios particulares, acontecimientos que vivió una persona o un grupo reducido para vislumbrar a continuación el horror de ese momento trágico de la Humanidad. Sin embargo, el aspecto que admite una consideración más cercana interroga acerca de los motivos que llevaron al nacionalsocialismo a crear uno de los instrumentos más efectivos para la destrucción de la vida humana.

de *Metafísica y Holocausto*, Buenos Aires, Colección Ensayos, ed. Acervo Cultural, 2000.

► Señala Pilar Calveiro en su libro *Poder y desaparición* haciendo referencia a escritos de Primo Levi, que «los monstruos existen pero son demasiado poco numerosos para ser verdaderamente peligrosos; los que son verdaderamente peligrosos son los hombres comunes» y continúa en referencia a los campos de concentración instalados en Argentina durante el terrorismo de Estado «Ni monstruos ni cruzados, hombres comunes, de los que hay miles en la sociedad; esos son los hombres útiles al campo de concentración. Hombres como nosotros, esa es la verdad difícil, que no se puede admitir socialmente.»

¿Qué riesgos implica pensar en este tipo de situaciones deshumanizando a sus responsables?

Solución final

Alejandro Kaufman



Hay una materialidad del holocausto, hay una inmaterialidad del holocausto. Hay víctimas mortales del holocausto: en su mayor parte desaparecieron. Nada se sabe sobre ellos. Ni siquiera sus nombres. En Jerusalén se atesoran los nombres que proporcionan los familiares. No prevalece el registro de las identidades de los asesinados sino la pregunta por los nombres que faltan. El holocausto deja familiares y descendientes directos de los asesinados. Deja testigos, sobrevivientes. Deja a quienes, judíos, carecen de lazo directo con víctimas de la masacre, aparte de la pertenencia identitaria. Siempre y de nuevo, una y otra vez, resulta evidente la escala innombrable del horror, pero no su naturaleza. ¿Es finalmente un acontecimiento, una singularidad? ¿Introduce una discontinuidad en la historia? ¿Es un segundo acontecimiento crístico? ¿O reproduce en forma de continuidad el destino trágico de la historia? La memoria, ¿refiere a una instrumentalidad preventiva de la repetición? ¿O constituye el registro de la culminación de la modernidad, la cumbre del proyecto del progreso? El holocausto ¿define el

punto de partida ineludible de una nueva ética? ¿O refiere al fin de la ética? ¿Hay algo que ha cambiado irreversiblemente en la historia y en lo atinente a lo humano? ¿Hay quien no esté implicado? ¿O quien esté directamente implicado no debería hablar?

de *Nombres* N° 10, Córdoba, noviembre 1997.

Hurbinek

Ricardo Forster

La palabra vaciada que encuentra su imposible decir en la mirada; esos ojos bien abiertos, oscuros y abismales, ojos de una intensidad laberíntica que se vuelven sobre el mundo para suspender toda inocencia. «Hurbinek no era nadie», así comienza Primo Levi su conmovedor relato de ese «pequeño despojo» de no más de tres años que representaba a través de su mirada exiliada de la vida todo el horror de lo innombrable, el compendio de un daño humanamente inadmisiblemente, intolerable precisamente por la bestialidad de su presencia entre nosotros. A Hurbinek –cuyo nombre ni siquiera le pertenecía pues se lo habían puesto los propios prisioneros- «le faltaba la palabra», esa palabra que la «urgencia explosiva» de la mirada parecía reclamar, una palabra cargada, si hubiera podido ser pronunciada, de preguntas que, sin embargo, podíamos encontrar en esos ojos que «asaeteaban atrozmente a los vivos», con el deseo «de desencadenarse, de romper la tumba de su mutismo». La absoluta presencia del mal vuelve imposible la articulación de la palabra; la voz se convierte en eco de una nada oscura, más

negra que la noche, y sólo la mirada nos recuerda la humanidad de ese pequeño despojo que se prepara, en el final del horror concentracionario, a regresar al mundo de los muertos del que había venido para posar, por última vez, sus ojos inmemoriales en sus camaradas de infortunio, los sobrevivientes, como testimonio decisivo, puro en su decir callando, de lo que la escritura apenas alcanza a rozar. «La palabra que le faltaba y que nadie se había preocupado de enseñarle, la necesidad de la palabra, apremiaba desde su mirada con una urgencia explosiva: era una mirada salvaje y humana a la vez, una mirada madura que nos juzgaba y que ninguno de nosotros se atrevía a afrontar, de tan cargada como estaba de fuerza y de dolor». Primo Levi, un sobreviviente de Auschwitz, testigo pudoroso del horror y la abyección, un hombre que siguió siendo un hombre en medio del olvido más absoluto de toda humanidad, un artesano de la memoria en medio de una abulia devastadora, nos habla de una mirada a la que no se atrevía a afrontar. ¿Podemos nosotros, los que hemos convertido a la palabra en charla insustan-





cial y a la mirada en impudicia, sostener aquella otra mirada de Hurbinek, inocente entre los inocentes? ¿Es posible, acaso, poner nombres allí donde imperó lo indecible?

Esfuerzo denodado de los sobrevivientes por darle sentido al sonido creyendo, quizás, que en su desocultamiento radica el triunfo de la vida sobre la muerte. «Hurbinek, que tenía tres años y probablemente había nacido en Auschwitz, y nunca había visto un árbol; Hurbinek, que había luchado como un hombre, hasta el último suspiro, por conquistar su entrada en el mundo de los hombres, del cual un poder bestial lo había exiliado; Hurbinek, el sinnombre, cuyo minúsculo antebrazo había sido firmado con el tatuaje de Auschwitz; Hurbinek murió en los primeros días de marzo de 1945, libre pero no redimido. Nada queda de él: el testimonio de su existencia son estas palabras mías».

En ese fracaso humano que no puede redimir a quien muere sin nombre, el escritor descubre la tragedia

del lenguaje después de haber atravesado la barbarie concentracionaria. «Entonces –escribe en otro lugar Primo Levi– por primera vez nos damos cuenta de que nuestra lengua no tiene palabras para expresar esta ofensa, la destrucción de un hombre. En un instante, con intuición casi profética, se nos ha revelado la realidad: hemos llegado al fondo. Más bajo no puede llegarse: una condición humana más miserable no existe, y no puede imaginarse. No tenemos nada nuestro: nos han quitado las ropas, los zapatos, hasta los cabellos; si hablamos no nos escucharán, y si nos escuchasen no nos entenderían. Nos quitarán hasta el nombre: y si queremos conservarlo deberemos encontrar en nosotros la fuerza de obrar de tal manera que, detrás del nombre, algo nuestro, algo de lo que hemos sido, permanezca». Quizás el pequeño Hurbinek intentó, próximo a la muerte, pronunciar el nombre que lo redimiera, quizás ésa fue también la intención de Henek –el tozudo maestro– y la de Primo Levi –el escriba de la memoria–, devolverle la palabra no sólo

para salvarlo a él sino para salvar la esencia del habla humana.

Sin nombre y sin habla, ésa ha sido la esencia maldita de los campos de exterminio; no una simple máquina para asesinar seres humanos; algo más atroz se oculta detrás de ese engranaje infernal. Se trata literalmente del fin de lo humano, de su borramiento, de la nada de existencia de aquellos cuerpos primero marcados, luego martirizados y finalmente convertidos en humo que sale por las chimeneas para perderse en un cielo que nada sabe de redención. Un no destino, la brutal expropiación de lo más propio e íntimo del hombre: su muerte. Porque, y ésa era la lógica de los campos nazis, donde no quedan seres humanos tampoco hay muerte, sólo cifras anónimas cuya inmediatez ha sido completamente borrada. Y donde no hay muertos tampoco hay asesinos, apenas hay funcionarios encargados de cumplir una tarea asignada, de llevar con prolijidad las cuentas como si la multiplicación del número alejara más y más de los cuerpos reales. Fin

de la ética allí donde imperan la técnica y los números; fin de la ética allí donde no hay seres humanos pasibles de ser martirizados y asesinados; fin de la ética allí donde tampoco hay nombre. La maquinaria de la muerte nazi se construyó a partir de esta terrible y transparente certeza: quitarles el nombre a los prisioneros haría posible que sus asesinos se vieran a sí mismos como operarios de una fábrica, es decir, como funcionarios y obreros que cumplen satisfactoriamente su labor.

«Mientras no nos expulsen de nuestros vocablos, nada tendremos que temer; mientras nuestras palabras conserven sus sonidos, tendremos una voz; mientras nuestras palabras conserven su sentido, tendremos un alma». Edmond Jabes nos habla de la memoria que siempre es deudora de las palabras y de su infinita capacidad para hacernos regresar a nuestras fuentes; pero también nos habla del peligro que se cierne sobre la memoria cuando las palabras enmudecen y el vacío del alma nos deja congelados, sin recuerdos de

► Las preguntas: cómo «representar lo irrepresentable», cómo «enseñar lo inenseñable», cómo «imaginar lo inimaginable», cómo «decir lo indecible» encierran ciertas contradicciones que ponen en evidencia el campo de tensiones que recorren la posibilidad de representación sobre acontecimientos cuyas dimensiones parecen inconmensurables. Sin embargo, podemos decir que estas preguntas habilitan espacios de pensamiento en el esfuerzo por representar, enseñar e imaginar el horror buscando acercarse a lo ocurrido para hacerlo inteligible con todas las dificultades que esto implica.

¿Qué diálogos habilitan estas preguntas y cuáles se clausuran cuando se dice que el holocausto es inimaginable, indecible, irrepresentable, inenseñable?

los que asirnos. La experiencia concentracionaria ha representado el exilio absoluto del ser humano; en ella somos expulsados de «nuestros vocablos» hasta más allá de todo límite. En este sentido, el campo de exterminio no se asemeja a ningún exilio que hayan padecido los hombres, o, tal vez, sea la expresión concentrada y depurada de lo peor de cada exilio acumulado a lo largo de la historia. Toda diáspora significa una pérdida, el caminar por el desierto, la enraciación, pero a diferencia de la existencia concentracionaria, quien parte al exilio lleva su lengua y la trama de sus recuerdos, es portador de una identidad, guarda algo de lo que poseyó en las alforjas con las que parte hacia la otra tierra; en cambio quien entra a un campo de concentración es despojado de todas sus pertenencias, expulsado de su nombre y de su antigua identidad; el campo se vuelve el lugar infame del exilio de sí mismo. Primo Levi vuelve a encontrar las palabras justas, únicas, para describir lo que significa ir dejando de ser un hombre en el interior de un campo de concentración: «Esto es el infierno». (...)

Los campos de concentración han sido laboratorios en los cuales el mal ha mostrado sus mil rostros, desde lo monstruosamente sádico hasta lo burocrático y cotidiano; pero también han sido esos sitios del infierno en el que lo humano, más allá de sus tensiones y terribles dualidades, persistió buscando, como Hurbinek, una palabra que le devolviese su alma en el umbral de la muerte.

de Hurbinek: La palabra inaudible o el decir después de Auschwitz,
Revista *Nuestra Memoria*, Año V, Num 11, noviembre 1998.

Los contrabandistas de la memoria

J. Hassoun

Reconocer que la transmisión existe siempre aunque sea de un modo paradójal –proposición que está lejos de ser ingenuamente optimista- es lo que permite el conjunto de esas operaciones. Es en ese sentido que podemos afirmar que la transmisión es análoga a la creación de una obra de arte cuyas pequeñas imperfecciones, sus pequeñas fallas, harán que cada uno pueda reconocer en ese tesoro la marca de lo que ha sido repensado por cada generación.

La transmisión sería así una página escrita, un relato que cuenta la gesta de los predecesores y que cada uno podrá leer o reescribir a su manera.

La transmisión hace uso de la tradición como de un andamio, como un sostén esencial y superfluo a la vez.

Porque si la repetición inerte implica con frecuencia una narración sin ficción, la transmisión reintroduce la ficción y permite que cada uno, en cada generación,

partiendo del texto inaugural, se autorice a introducir las variaciones que le permitirán reconocer en lo que ha recibido como herencia, no un depósito sagrado e inalienable, sino una melodía que le es propia. Apropiarse de una narración para hacer de ella un nuevo relato, es tal vez el recorrido que todos estamos convocados a efectuar.

Las palabras a lo mejor son siempre las mismas, pero existe un estilo que le es particular a ese grupo, a esa familia, a tal o a cual, que permitirá que cada uno retome por su cuenta esta fórmula de Goethe: «Lo que has heredado de tus padres, conquistalo para poseerlo».

de *Los contrabandistas de la memoria*, Buenos Aires, Ediciones de la Flor, 1996.



El buen uso

Tzvetan Todorov



La recuperación del pasado es indispensable; lo cual no significa que el pasado deba regir el presente, sino que, al contrario, éste hará del pasado el uso que prefiera. Sería de una ilimitada crueldad recordar continuamente a alguien los sucesos más dolorosos de su vida; también existe el derecho al olvido. Al final de su asombrosa crónica ilustrada de doce años pasados en el Gulag, Euphrosinia Kersnovskaia escribe: «Mamá. Tú me habías pedido que escribiera la historia de aquellos años tristes 'años de aprendizaje'. He cumplido tu última voluntad. Pero ¿no hubiese sido mejor que todo ello cayera en el olvido?». Jorge Semprún ha explicado, en *La escritura o la vida*, cómo, en un momento dado, el olvido lo curó de su experiencia en los campos de concentración. Cada cual tiene derecho a decidir.

Lo cual no quiere decir que el individuo pueda llegar a ser completamente independiente de su pasado y dis-

poner de éste a su antojo, con toda libertad. Tal cosa no será posible al estar la identidad actual y personal del sujeto construida, entre otras, por las imágenes que éste posee del pasado.

En el mundo moderno, el culto a la memoria no siempre sirve para las buenas causas, algo que no tiene por qué ser sorprendente. Como recuerda Jacques Le Goff, «la conmemoración del pasado conoce un punto culminante en la Alemania nazi y la Italia fascista», y se podría añadir a esta lista la Rusia estalinista: sin duda, un pasado cuidadosamente seleccionado, pero un pasado pese a todo que permite reforzar el orgullo nacional y suplir la fe ideológica en declive.

de *Los abusos de la memoria*, Buenos Aires, Paidós, colección Asterisco, 2000.

► Somos responsables del presente. Cuando yo hablo de responsabilidad no es simplemente de qué fuimos responsables para que se nos castigue o no, para que nos arrepintamos o no, para que sostengamos nuestra responsabilidad. Aún así, de lo que somos responsables es del presente. Los jóvenes son absolutamente responsables del presente en el sentido de que no deberían, creo yo, simplemente resignarse a aceptar el mundo que se les hereda, de manera más o menos ciega. Como decía antes, ser responsable es preguntarse cómo fueron posibles las cosas, por qué hoy somos lo que somos. Pero no mediante frases mágicas, sino por medio de preguntas penetrantes, agudas, que no se satisfagan con cualquier respuesta. Saber cómo hemos llegado a ser lo que somos; por-

que es posible, si uno no está conforme, cambiar el presente, para saldar cuentas con el pasado. La mejor manera de saldar cuentas con el pasado es vivir un presente en el cual aquel pasado haya sido incorporado a nuestra propia experiencia.

Héctor Schmucler, «¿Para qué recordar?». En MECyT, *Entre el pasado y el futuro. Seminario 2006*.

Ejercer la Memoria

Nelly Richard



Practicar la memoria es hacer vibrar la simbólica del recuerdo en toda su potencialidad crítica de reconstrucción y reconstrucción de las narrativas en curso. Es evitar que la historia se agote en la lógica del documento (el realismo simplemente denunciante del comentario cuya funcionalidad descriptiva no admite los juegos transfiguradores de las significaciones oscilantemente cruzadas) o del monumento (la contemplación nostálgica de lo heroizado; la reificación del pasado en un bloque conmemorativo sin fisuras que petrifica el recuerdo como material inerte). Es mantener la relación entre presente y pasado abierta a la fuerza del recuerdo como desencaje y expectación. Es impedir que la historia se convierta en la figura estática de un tiempo clausurado, definitivamente sellado bajo el peso de sus rememoraciones oficiales. Es oponerse a que la plenitud trivial del barrido noticioso suprima el volumen escindido de la temporalidad histórica. Y es también luchar por el reclamo tenaz, la queja insuprimible, el radical desacuerdo, tengan siempre oportunidad de molestar –con su pesadez y gravedad de sentido– los

montajes livianos de la actualidad fútil desmemoriada.

de *Políticas y estéticas de la memoria*, Santiago de Chile, Editorial Cuarto propio, 2000

► Jacques Hassoun nos dice que «la transmisión es análoga a la creación de una obra de arte cuyas pequeñas imperfecciones, sus pequeñas fallas, harán que cada uno pueda reconocer en ese tesoro la marca de lo que ha sido repensado por cada generación». ¿Cómo relacionar este carácter activo de la transmisión y los peligros de cristalización de la memoria que plantea Richard? Si el pasado se fija (en un monumento, en una fecha, en una obra de arte, por ejemplo), ¿cómo hacer para mantener esa relación «abierta» entre el presente y el pasado, que permite la apropiación?

► No hay una manera única de plantear la relación entre historia y memoria. Son múltiples niveles y tipos de relación. Sin duda, la memoria no es idéntica a la historia. La memoria es una fuente crucial para historia, aun (y especialmente) en sus tergiversaciones, desplazamientos y negaciones, que plantean enigmas y preguntas abiertas de investigación. En este sentido, la memoria funciona como estímulo en la elaboración de la agenda de la elaboración histórica. Por su parte, la historia permite cuestionar y probar críticamente los contenidos de las memorias, y esto ayuda en la tarea de narrar y transmitir memorias críticamente establecidas y probadas (...)

La historia «dura», fáctica, de los eventos y acontecimientos que «realmente» existieron se convierte en un material imprescindible pero no

suficiente para comprender las maneras en que sujetos sociales construyen sus memorias, sus narrativas y sus interpretaciones de esos mismos hechos.

Desde una perspectiva como ésta, ni la historia se diluye en la memoria –como afirman las posturas idealistas, subjetivistas y constructivistas extremas- ni la memoria debe ser descartada como dato por su volatilidad o falta de «objetividad». En la tensión entre una y otra es donde se plantean las preguntas más sugerentes, creativas y productivas para la indagación y la reflexión.

Elizabeth Jelin, *Los trabajos de la memoria*, Madrid – Buenos Aires, Siglo XXI, 2002.

La época del desprecio

Albert Camus

No es la primera vez que tan insoportables imágenes se nos ofrecen. En 1933 comenzó una época que uno de los más grandes entre nosotros ha llamado justamente la época del desprecio. Y durante diez años, cada vez que nos llegaba la noticia de que unos seres desnudos y desarmados habían sido pacientemente mutilados por hombres con semblante como el nuestro, nuestra cabeza vacilaba y nos preguntábamos cómo podía ser eso posible.

Sí, todo eso era posible, demasiado lo vemos. Mas tantas cosas lo son. ¿Por qué haber decidido ésa mejor que otra? Es que se trataba de matar al espíritu, de humillar las almas. Cuando se cree en la fuerza, se conoce bien al enemigo.

¿Quién se atrevería a hablar de perdón? Puesto que el espíritu ha comprendido que no podía vencer a la espada más que con la espada, puesto que ha tomado las armas y alcanzado la victoria, ¿quién podría pedirle que olvidara? No es el odio el que hablará mañana, sino

la justicia misma, fundada en la memoria. Y es justicia de la más eterna y sagrada perdonar quizás, por todos los que han muerto sin haber hablado en la alta paz de un corazón que jamás traicionara, pero no lo es menos castigar terriblemente por los más animosos de los nuestros, a quienes se convirtieran en cobardes degradando su alma y que han muerto desesperados, llevando en su corazón por siempre devastado el odio a los demás y el desprecio de sí mismos.

de Albert Camus, «La época del desprecio» (testimonio), en: *Diario La Razón*, 5/5/1985, Sección Cultura, página 17.

¿Por qué es un hecho único?, los hundidos y los salvados

Primo Levi

Hasta el momento en que escribo, y no obstante el horror de Hiroshima y Nagasaki, la vergüenza de los GULAG, la inútil y sangrienta campaña de Vietnam, el autogenocidio de Camboya, los desaparecidos en la Argentina, y las muchas guerras atroces y estúpidas a que hemos venido asistiendo, el sistema de campos de concentración nazi continúa siendo un unicum, en cuanto a magnitud y calidad. En ningún otro lugar o tiempo se ha asistido a un fenómeno tan imprevisto y tan complejo: nunca han sido extinguidas tantas vidas en tan poco tiempo ni con una combinación tan lúcida de ingenio tecnológico, fanatismo y crueldad.

de *Los hundidos y los salvados*, Barcelona, Edit Muchnik, 1989.



Sacudirse la indiferencia

Eli Wiesel

Vigilante, ¿qué hay de la noche?
Tantas víctimas en tantos lugares necesitan ayuda.
Necesitamos, por sobre todo, ser sacudidos
fuertemente de nuestra indiferencia,
la mayor fuente de peligro en el mundo.
En efecto, recuerda: Lo opuesto al amor no es el odio
sino la indiferencia.
Lo opuesto a la fe no es la arrogancia
sino la indiferencia;
lo opuesto a la cultura no es la ignorancia
sino la indiferencia;
lo opuesto al arte no es lo horrible
sino la indiferencia.
Y lo opuesto a la paz es la indiferencia
a ambas, a la paz y a la guerra,
indiferencia al hambre y a la persecución,
al aprisionamiento y a la humillación,
indiferencia a la persecución y a la tortura.

de *Los seis días de la destrucción: Meditaciones hacia la esperanza*, Edit Paulist Press, 1988.

► El poema de Eli Wiesel plantea una demanda: la lucha contra la indiferencia. ¿De qué modos, según este texto, es posible enfrentarla? ¿Cuáles son las consecuencias de no hacerlo? Revisen los fragmentos de esta sección, ¿qué desafíos –y a la vez qué posibilidades– ofrece la transmisión de las memorias del Holocausto en el camino ético planteado por Wiesel?

SEGUNDA PARTE



Las voces que llegan desde el tiempo

Los crímenes perpetrados durante los genocidios han sido probados de distintas formas. Existe la documentación producida por el aparato burocrático represor. Hay cartas, fotografías, películas, dibujos... La marca de la barbarie deja huellas en cualquier producto de la actividad humana. Memorias, obras históricas y de ficción fijaron también en la Escritura distintos relatos acerca de los hechos. En ocasiones, como en los juicios de Nuremberg (1948), como en el Juicio a las Juntas argentino (1985), estos elementos, junto a las declaraciones judiciales de las víctimas, testigos y perpetradores, fueron centrales para probar judicialmente los crímenes de lesa humanidad cometidos.

Sin embargo, cada fenómeno genocida ha encontrado y tiene sus negadores. Se trata de intelectuales y otras figuras del espacio público que desde una estructura pseudo científica, ponen en duda la información histórica acerca de los hechos. Para hacerlo, se apoyan en la base misma del fenómeno que niegan: la existencia de tremendos huecos producidos por los asesinatos o el exterminio. En el caso argentino, por obra misma del Estado es muy difícil conocer el destino final de los cuerpos de sus víctimas. Las fuerzas represivas han negado la documentación que permitiría establecer un dato tan elemental como la cuantificación de la masacre. En el caso de la Shoá, las cifras oscilan entre los cinco y los siete millones

de víctimas. Las características y la magnitud del proceso genocida, las formas que adquirió el exterminio, dificultan la exacta cuantificación de la barbarie. Ese impresionante margen de dos millones de vidas da idea de la brecha por la cual la relativización de los crímenes es posible. Así, por ejemplo, hace muy poco uno de ellos, David Irving, ganó un juicio contra una investigadora que lo acusaba de negador del Holocausto, ante la ausencia de una prueba escrita de que Hitler hubiera ordenado el exterminio. Si bien es cierto que tal prueba al menos hasta el momento no se conoce, los hechos que se denuncian al recordar los genocidios pueden ser probados de diferentes formas, mediante el cruce de distintos tipos de informaciones y evidencias.

La voz de los sobrevivientes, en la lucha por la verdad, ha sido central. El historiador italiano Carlo Ginzburg nos recuerda que una de las acepciones latinas para la palabra «testigo» es la de *sobreviviente*.

La voluntad de trascender y dejar huellas es tan antigua como los hombres. Es un acto de resistencia al paso del tiempo, a lo efímero de la vida humana, y también un desafío al poder. A la inversa, diversos regímenes buscaron obliterar determinados recuerdos hasta sus cimientos. Las deportaciones, las masacres, los exterminios, quisieron anular no sólo

los rostros e historias que queríamos recordar, sino hasta la posibilidad de hacerlo, pues anularon la vida misma. Formas de vida, familias enteras fueron arrasadas, a lo largo de la Historia, con una voluntad análoga a la que sembraba los campos con sal para que nada pudiera volver a crecer allí, para que nada pudiera alimentar la vida de una nueva ciudad surgida de sus ruinas.

Pensamos en el testimonio, entonces, fundamentalmente como un acto de resistencia. Las voces del pasado llegan a nosotros de distintas formas, nacidas en distintos contextos: la simple transmisión oral, el testimonio judicial, pero también el ensayo, la investigación histórica, la creación literaria y artística.

La resistencia, encarnada en la voluntad de dar testimonio, es patrimonio de los que directamente vivieron las experiencias confinadas al pasado, pero también de sus sucesores: sus hijos, sus familias, una comunidad, los lectores en distintas lenguas años después del suceso y su transmisión.

Esta convicción es tanto más urgente cuanto el actual contexto cultural dificulta y torna particularmente azarosos los procesos de la transmisión. La volatilidad de los conceptos se potencia con la velocidad de la información: una imagen, una voz –un rostro- reemplazan instantáneamente a otros. Las historias comunes ancladas en experiencias compartidas, los lazos contruidos a partir de esto se disuelven frente a un espacio público cambiante y efímero. Las brechas entre las experiencias de los viejos y los nuevos –brechas cavadas en los cuerpos, en las memorias– se agigantan por este tiempo que acelera permanentemente su transcurrir.

A aquellos elementos propios de la distancia entre generaciones se agregan otros nacidos de un pasado que muchas veces parece insondable, pero que debe ser nombrado y explicado: aquel en el que las matanzas masivas y los genocidios dejaron su marca distintiva. Los

millares de víctimas en distintos lugares del planeta, como en círculos concéntricos, extienden la pérdida desde el individuo a su círculo familiar, de éste a su localidad, a su nación a, su mundo. Existe entre los jóvenes y quienes los precedieron una grieta. Estos testimonios buscan colocarse precisamente allí, entre ambos bordes de la marca imborrable, pero ni inexplicable ni insuperable.

Vivimos en una época ya acostumbrada al testimonio. Es frecuente la presencia de testigos en distintos espacios (la televisión, los museos, las escuelas son sólo algunos ejemplos). Por otra parte, la tecnología facilita tanto el registro como la preservación y difusión de las voces de millares de protagonistas de la historia. Estos nuevos soportes se suman a otros más tradicionales, como la literatura autobiográfica o testimonial. El formato digital se ha añadido al impreso.

Los testimonios son potencialmente muy útiles para la enseñanza. Sin embargo, su complejidad como productos culturales obliga a prestar atención a diversas cuestiones. Por un lado, por ejemplo, las voces de los testigos facilitan la apropiación y el interés de quienes los escuchan al generar empatía. Al mismo tiempo, sin embargo, la tendencia a la identificación y la pérdida de distancia crítica que generan son igualmente grandes.

Si las entrevistas a distintos actores –con diferentes perspectivas- sobre un mismo acontecimiento instalan la complejidad inherente a la multiperspectividad, el respeto por ésta no debe parecerse al relativismo. Las explicaciones organizadas con los testimonios como uno de sus recursos no son una mera sumatoria de estos, sino que se trata de una intervención crítica que toma los recuerdos de algunos actores como evidencia.

Los testimonios no son sólo evidencias para la historia. Las voces y experiencias de los otros permiten un acercamiento directo a la diversidad

de perspectivas acerca del mundo, y son una fuente de primera mano para la percepción de acentos, localismos, marcas culturales audibles en el acto del habla, o visualmente en el caso de un testimonio filmado.

Trabajados históricamente, los testimonios son un excelente vehículo para el diálogo intergeneracional. Y cuando se trata de reflexionar y enseñar acerca del pasado traumático, este potencial se revela vital en términos no sólo personales sino colectivos.

Si prestamos atención a las cuestiones enumeradas, salta a la vista que probablemente el principal potencial de los testimonios consista en que aportan a construir la noción de la agencia de las personas: muestran a los seres humanos como actores de los procesos históricos.

La idea de testimoniar expresa una voluntad de participar en el espacio público, de compartir determinadas experiencias o historias con otras personas; es una forma de intervenir en la discusión instalando un reclamo, una voz, una demanda de escucha.

Un elemento central que aportan los testimonios a la enseñanza es la introducción de voces y temáticas alternativas. Las minorías, los segregados, los ausentes de las generalizaciones necesarias en cualquier intento comprensivo del pasado, encuentran a través de los testimonios un lugar relevante. En el contexto argentino, se trata de una cuestión de primera magnitud, si tenemos en cuenta que existieron políticas deliberadas de ocultamiento y destrucción del pasado, llegando al caso extremo del arrasamiento de las vidas humanas que los encarnaban.

Por último, si lo que se intenta es la realización de entrevistas -producir testimonios- en clase, estimulamos una forma particular de relación humana,

la conversación, que como toda relación humana, es tan compleja y polifacética como el pasado.

Los fragmentos aquí incluidos quieren dar cuenta de las diferentes formas que adopta la memoria: poemas, evocaciones, crónicas, ficciones. Algunos fueron producidos contemporáneamente a los hechos; otros son el producto de la memoria: las nuevas generaciones incorporan el pasado a sus trabajos de escritura. Esta sección quiere también mostrar las formas en las que estos mismos soportes culturales, que hoy nos informan del horror, sirvieron para anclar resistencias a éste: una imagen que trama la escritura, la organización en el campo, la vida de los guetos, una biblioteca clandestina, la lealtad de un maestro, un hombre que no olvida, el diario de una niña, las voces de la poesía, la historia y la memoria del pasado reciente.

Esta selección de testimonios sólo destaca, azarosamente, algunas de esas huellas y pone a disposición una serie de fragmentos abiertos a distintas posibilidades de lectura y trabajo en las aulas. A través de una serie de preguntas invitamos a pensar sobre las figuras del testigo, las formas de resistencia, el poder concentracionario, el Holocausto y el terrorismo de Estado. Aunque fragmentos de memorias, aunque incompletos, se nutren de la idea del historiador Alessandro Portelli al prologar su libro sobre la masacre de las Fosas Ardeatinas, perpetrada por los ocupantes alemanes en Roma en 1944, y cuyo responsable, Erich Priebke, vivió durante décadas en la Argentina: «He entendido concretamente algo que sabía en teoría: una tradición es un proceso en el que también la simple repetición significa una responsabilidad crucial, porque el sutil encaje de la memoria se lacera de un modo irreparable cada vez que alguien calla. No es solamente en África donde, como decía Jomo Kenyatta, se quema una biblioteca cada vez que muere un viejo; también

en Italia, cada vez que un antifascista calla, se quema un pedazo de libertad»¹.

Esta preocupación por luchar para que «ninguna biblioteca se queme»
–para que ninguna voz sea silenciada– encarnada en una lucha contra el

totalitarismo, no debe, sin embargo oscurecer la idea central de que los testimonios, para las nuevas generaciones, son materiales con los que moldean su realidad en el presente, para imaginar un futuro. ■

1. Alessandro Portelli, *La orden ya fue ejecutada. Roma, las Fosas Ardeatinas, la memoria*, Buenos Aires, FCE, 2002, p. 11.



LOS CAMPOS

De esto contaréis a vuestros hijos

Ese día

Este día, domingo 13 de octubre de 1940, me ha dejado una sensación extraña. Es un hecho que 140.000 judíos de los suburbios de Varsovia van a ser obligados a abandonar sus hogares y mudarse al gueto. Todos los suburbios se han vaciado de judíos y 140.000 cristianos serán obligados a abandonar los barrios del gueto.

Se transportaron muebles durante todo el día. El Consejo Judío fue sitiado por personas que querían saber qué calles pertenecían al gueto.

Fritz Stangl

Fritz Stangl, comandante de Treblinka, campo de exterminio, explica lo que sentía por sus víctimas:

-¿Sería exacto decir finalmente que usted no consideraba que los judíos fuesen seres humanos?

-Carga. Eran carga...

Recuerdo las zanjas llenas de cadáveres negruzcos. No tenían nada humano. No podían tener nada humano, eran masa de carne putrefacta. Un oficial de las SS solía preguntar «¿Qué hacemos con esta basura?». Creo que esto comenzó a hacer que los viese como carga.

de EMMANUEL RINGELBLUM, en S. BRUCHFELD y P. LEVINE, *De esto contareis a vuestros hijos ...un libro sobre el holocausto en Europa, 1933-1945*, Estocolmo, Historia Viva, Secretaría de Gobierno, Suecia, 1998.

► «Quiero invitar ahora al lector a que reflexione sobre lo que podrían significar en el Lager nuestras palabras «bien» y «mal», «justo» e «injusto»; que juzgue, basándose en el cuadro que he pintado y los ejemplos más arriba expuestos, cuánto de nuestro mundo moral normal podría subsistir más allá del alambrado de púas»

Primo Levi, *Si esto es un hombre* (1958), Barcelona, Ed. Muschnik, cuarta edición, 1998.

Adolf Eichmann

Rudolf Hoess

En el verano de 1941 –no recuerdo en este momento la fecha exacta- fui llamado repentinamente a Berlín por el comandante general de los SS, directamente por intermedio de su Secretaría. Himmler, contra su costumbre sin la presencia de su ayudante, me comunicó lo siguiente:

«El Führer ha ordenado una solución definitiva del problema judío. Nosotros, los SS, debemos ejecutar esta orden. Los lugares de exterminio situados en el Este no son suficientes para la operación proyectada en gran escala. Por lo tanto, he destinado para este fin a Auschwitz, tanto por su ventajosa ubicación por las facilidades del transporte como también porque es un terreno fácil de aislar y disimular. En un principio había pensado confiar esta tarea a uno de los oficiales superiores de los SS, pero desistí de ello en el deseo de evitar dificultades en la delimitación de competencias. Le confío ahora a usted la ejecución de esta tarea. Es éste un trabajo duro y difícil, que exigirá una total dedicación, independientemente de las dificultades

que puedan surgir. Detalles más precisos le serán notificados por el Sturmbannführer Eichmann, del Departamento Central de Seguridad del Reich, quien irá a verlo próximamente. Yo mismo informaré oportunamente a las reparticiones interesadas.

«Debe usted guardar esta orden en el más estricto secreto, incluso frente a sus superiores. Después de su conversación con Eichmann, me enviará usted de inmediato los planes de la instalación proyectada».

«Los judíos son enemigos seculares de la nación alemana y deben ser exterminados. Todos los judíos que caigan en nuestras manos durante esta guerra serán aniquilados sin excepción. Si no logramos destruir ahora las fuerzas biológicas del judaísmo, algún día los judíos destruirán a la nación alemana».

Una vez recibida esta importante orden, regresé inmediatamente a Auschwitz, sin presentarme ante mi superior en Oranienburg.

de Testimonio de Rudolf Hoess (comandante del campo de exterminio de Auschwitz). Congreso judío mundial, Ejecutivo Sudamericano, Bs As, 1960.

Acerca de la personalidad de los perpetradores

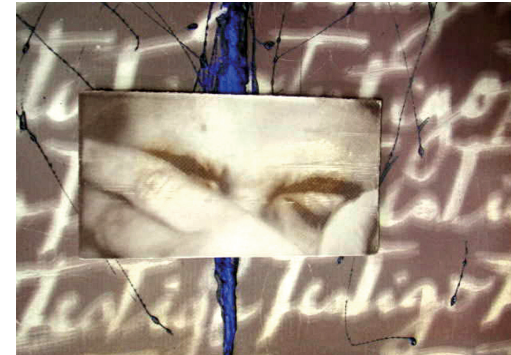
Uri Jelin

Cuando se piensa en un hecho como el holocausto, no hay otra forma de calificarlo que como aberrante. Sin embargo, si tenemos en cuenta que no pudo ser llevado a cabo sin la participación, connivencia, complicidad e indiferencia de casi la totalidad de los 80 millones de habitantes de Alemania en ese momento, es imposible afirmar que fue producto del accionar de un loco, o a lo sumo de un grupo de alienados. Tampoco es posible aducir que los alemanes en su conjunto actuaron durante unos 10 años (1933-45) ininterrumpidamente bajo el efecto de la locura.

En principio porque un fenómeno de «locura colectiva», cuando es analizado a la luz de la teoría psicoanalítica, se describe como un fenómeno de corta vida, origen y final prácticamente espontáneos. Nada más lejano de las deportaciones, ejecuciones y eliminación de cuerpos sistemática, realizados con minuciosidad matemática y a escala industrial.

En el caso de Alemania, el partido nazi funcionó como «masa artificial» aglutinante, prolongando los procesos de fidelidad y adhesión. Una vez dentro del partido, se estaba dentro de una organización que, más que un Estado dentro del Estado, era la agrupación que administraba el país, repartiendo poder, responsabilidades y, más importante aún, del seno del partido surgían políticas a seguir. Las acciones, y más aún, las decisiones de los miembros de una organización con tal cantidad de miembros y poder no pueden atribuirse enteramente a estados emocionales, a una completa irracionalidad, durante un prolongado periodo de tiempo. Asimismo, en esas condiciones, resultaría prácticamente imposible desarrollar políticas estatales «eficientes y eficazmente» en tiempo de guerra, cosa que si ocurrió durante un periodo prolongado de tiempo en la Alemania nazi.

Pueden citarse como evidencia la información contenida en el trabajo de Langsman («Shoá»). Especialmente interesante es una entrevista realizada a un SS. Allí



se puede entender en parte como pudo ocurrir lo que ocurrió y por qué estos individuos no se reconocen como criminales. El entrevistado en cuestión se refiere a los campos de concentración como a «fábricas», y a los asesinatos como a «tratamiento». Se pone énfasis en los detalles, procedimientos y forma; no en el contenido real de los acontecimientos. Cuando se habla de números de trenes con tantos vagones en tantas horas, cuando el SS dice «usted se equivoca, no eran 15000, eran 12000 los que eran tratados en una tanda...», es un indicio más demostrando que para los ejecutores se trataba de una rutina, de un proceso fabril, de números y procedimientos.

Tratan de no hablar de vidas humanas. No se mencionan las sensaciones experimentadas al asesinar y en muchos casos torturar.

Se le niega la condición humana a las víctimas. Se hizo todo lo posible por degradarlas y convertirlas en

los despojos caminantes que terminaron siendo y por lo que se justificaban los asesinatos.

Cuando el odio que apuntala la personalidad individual culpando al «otro», al miembro de la minoría por el fracaso personal, es utilizado como discurso partidario; o peor aún, Estatal, en alguna sociedad, para explicar o descargar culpas en situaciones de crisis como la que se vivió en Alemania en los momentos posteriores a la Primera Guerra Mundial y previamente al ascenso al poder del nazismo, en ese momento el odio de utiliza como apuntalamiento de la identidad grupal, dejando de ser un argumento individual para convertirse en colectivo.

A partir de ese allí y para el imaginario colectivo, el «otro» no es visto como un ser humano, como un semejante. Se lo ubica en posición de rival. Es un enemigo y su eliminación no es un crimen sino que representa un capítulo más en la lucha por la supervivencia.

de Revista *Forum*, Año II, N° 2, mayo 1998, B'nai B'rith.

► ¿Qué relaciones podemos establecer entre este fragmento y la afirmación de Primo Levi del Holocausto como acontecimiento «único»?

Un capítulo ominoso del homicidio nazi

Pablo Dreizik

«Toda persona que sufra de desórdenes hereditarios puede ser esterilizada si el conocimiento médico indica que su descendencia sufrirá de severos daños hereditarios físicos o mentales». La ley proveía, ciertamente, de una definición acerca de lo que ella consideraba una «persona que sufre de desórdenes hereditarios», y así un candidato para la esterilización era todo aquel que padecía de algunos de los siguientes trastornos:

- 1) Debilidad mental (Schwachsinn) congénita
- 2) Esquizofrenia
- 3) Folie circulaire (psicosis maníaco-depresiva)
- 4) Epilepsia hereditaria
- 5) Mal de San Vito hereditario (mal de Huntington)
- 6) Ceguera hereditaria
- 7) Sordera hereditaria
- 8) Deformación física hereditaria o
- 9) Alcoholismo severo

El 18 de agosto de 1939 el RMdI hizo circular un decreto titulado «Requerimiento para reportar recién na-

cidos deformes etc.». El decreto ordenaba a médicos y parteras reportar todos los niños nacidos con las condiciones médicas especificadas a continuación:

- 1) Idiotez, así como mogolismo, especialmente casos que incluyan ceguera y sordera
- 2) Microcefalia
- 3) Hidrocefalia severa progresiva
- 4) Todo tipo de deformidades, especialmente miembros faltantes, defectos severos en la cabeza y columna vertebral.
- 5) Parálisis, incluyendo diplegia espástica.

Aparte de los recién nacidos, se compelió a los médicos a reportar a todos los niños menores a tres años que se encontraran bajo las condiciones mencionadas.

La relevancia que cobraban para el régimen nazi estas acciones, estaba en relación directa a su concepción de que, en el marco purificación eugénica y racial del

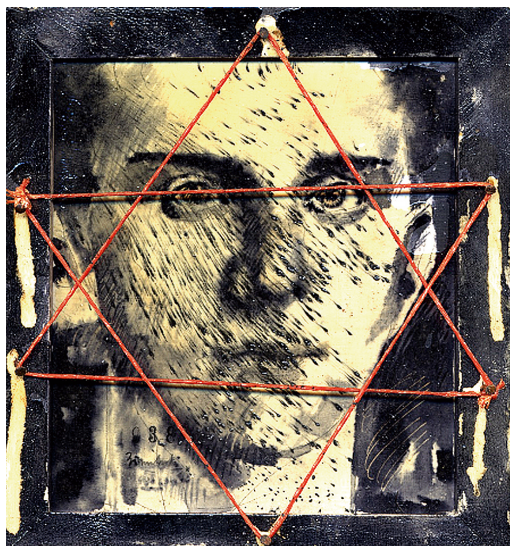
banco genético alemán, los niños representaban la posteridad.

Finalmente, los ecos que este capítulo ominoso llegan a la agenda ética y política de este fin de siglo, parecen involucrar una serie prolongada de tópicos tales como: la responsabilidad de los médicos, la relación entre la práctica médica y la ética, el respeto por la diversidad en el mundo humano y los asuntos vinculados al valor otorgado a la vida humana.

de *Nuestra Memoria*, Año V, N° 10, agosto de 1998.

► **¿Están al tanto de los debates en torno a los temas de bioética? Investiguen al respecto, y analicen por qué el autor plantea que la experiencia del genocidio nazi es un desafío al respeto.**

La última enana del Mengele



Siete enanos y enanas (liliput) nacieron en una familia judía húngara. Ellos siempre estuvieron juntos, nunca se separaron, ni siquiera cuando fueron llevados al campo de exterminio de Auschwitz. Allí los siete enanos lograron sobrevivir y se salvaron de los nazis «gracias» a los experimentos que Mengele realizó con ellos.

Actualmente la única enana que quedó con vida es Perla Obiz ya que sus seis hermanos fallecieron en Israel. Hoy en día vive en Haifa, una bella ciudad portuaria de Israel.

Perla tiene setenta y cinco años, mide ochenta y ocho centímetros de altura, y es por eso que ella siempre necesitó ayuda de otra persona para realizar las tareas del hogar.

En 1942, en plena guerra, murió la madre de Perla; y en 1944 las tropas nazis ocuparon Hungría. Entretanto

los hermanos y ella seguían dando recitales por todo el país, siempre juntos.

Un día cuando regresaron a su casa escucharon por los altoparlantes que todos los ciudadanos judíos debían abandonar sus viviendas llevando sólo sus pertenencias más imprescindibles. Perla recuerda que en ese mismo momento, e invadidos de una gran melancolía ella y sus hermanos comenzaron a llorar preguntándose que sería de ellos.

Desgraciadamente así sucedió. El 19 de mayo de 1944 toda la familia Obiz fue llevada a Auschwitz. Esta fue trasladada en tren, y cuando este llegó a destino, los guardianes de las SS bajaron con sus manos a los enanos que por supuesto estaban impedidos de hacerlo. Luego fueron llevados ante el «científico» Mengele. Este al ver a los siete enanos sonrió, había llegado más material para concretar otro de sus perversos experimentos.

Los enanos fueron apartados hacia la derecha, y esto significaba que «todavía» iban a permanecer con vida; por el contrario, los dejados a la izquierda estaban condenados a morir pues serían llevados a las cámaras de gas.

Perla fue tatuada con el N° A5087, tatuaje que aún en día persiste; sus hermanos fueron tatuados con los números sucesivos.

Con respecto al sádico Mengele se puede decir que estaba muy contento con la presencia de los enanos, ya que esperaba llegar a tener fama mundial en materia científica valiéndose de los experimentos que sobre ellos practicaba. Con esas pruebas él quería develar el secreto del desarrollo del ser humano.

Estas y muchas otras cosas pasadas en el campo de exterminio de Auschwitz están relatadas en el libro que Perla y su hermana escribieron en 1987.

El día 27 de enero de ese mismo año entraron los rusos al campo, y salvaron a las pocas personas que quedaron con vida en Auschwitz, entre éstas estaba nuestro grupo familiar de enanos, dice Perla con un poco de alegría porque lograron sobrevivir.

Al final de la charla, Perla dice que si ella hubiera sido de estatura normal, hoy no estaría con vida, y agrega que los nazis aniquilaron a seiscientos mil judíos de Hungría, y que ellos eran los únicos sobrevivientes de una familia entera que entró en Auschwitz y logró salir con vida. Por eso es irónico «que Dios nos haya hecho enanos» alega Perla y «que gracias a ello y a pesar de los sufrimientos pasados pudimos conservarnos con vida».

de *Nuestra Memoria*, abril 1998, Traducido por Lehuda Laufban del diario de Iediot Aharonot.

▶ «Los grupos que matan gente no son grupos sádicos, trasgresores, locos, sino que son grupos que están cumpliendo otras reglas con las cuales adquieren identidad y que pueden actuar sobre la base de que los demás pensamos que no pueden actuar de ese modo. Nuestra idea del respeto al otro hace que no podamos admitir que un grupo de gente esté matando a los que crea subversivos o estén matando a algún otro grupo».

Dr. Luis Moreno Ocampo (Fiscal del Juicio a las Juntas militares de Argentina)

Diálogo entre Primo Levi y Ferdinando Camon

Camon

¿En el fondo para qué servía el campo de concentración? Creo recordar que de la fábrica denominada La Buna, donde usted estaba a pesar de todo el trabajo, nunca salió un solo kilo de goma.

Levi

No salió nunca un solo kilo de goma porque la fábrica era bombardeada continuamente, pero la goma tendría que haber salido. Ahora produce. Porque la fábrica sigue existiendo; se encuentra en territorio polaco.

El campo de concentración servía para tres cosas. Nació enseguida, en 1933, con Oranienburg me parece, el primero de los campos nazis que todavía eran modelos a escala y albergaban entre cinco y diez mil personas y servían para trincar la resistencia política, sobre todo la comunista. Nacieron como Knochenmühlen, «molinos de huesos», para macerar, moler,

destruir, afligir, hacer desaparecer a los líderes, en primer lugar a los comunistas, en segundo lugar a los socialdemócratas, a los católicos, a los protestantes y a algún judío, en una palabra, los que eran como espigas clavadas en la carne del nazismo naciente. Así siguieron durante bastante tiempo, casi hasta principios de la guerra. Al estallar la guerra, cuando se produce la invasión de Polonia, los alemanes se encuentran con que tienen entre manos «las fuentes biológicas del judaísmo» (son palabras de Eichmann). Y surgen otros campos de concentración sustancialmente distintos de estos, que ya no están destinados a aterrorizar a los adversarios políticos, sino a destruir a los judíos. Estos campos de concentración polacos –los tres que acabo de nombrar más otros menores- eran campos «sin salida». Funcionaron ininterrumpidamente, a partir de 1941-42 hasta finales de 1943. A finales de 1943, después de Stalingrado, la falta de mano de obra en Alemania se vuelve tan acuciante que resulta indispensable utilizar a todos, incluso a los judíos. Es durante esta época cuando se construye Auschwitz, campo de

concentración híbrido, es decir, «imperio» híbrido de campo de concentración: exterminio más explotación, mejor dicho, el exterminio por la explotación. Debo mi supervivencia al hecho de haber llegado, como todos los judíos italianos, bastante tarde y al hecho de que me metieran en un sistema productivo. Por tanto, ésta es la tercera finalidad, ser depósito de mano de obra a bajo precio, mejor dicho, gratuita. Todo esto se había calculado de forma muy racional y previéndose una supervivencia de tres meses. Existía un conflicto entre la autoridad política, las SS –dueñas de los campos de concentración- y la industria alemana, a la que le disgustaba este sistema, no por motivos humanitarios sino porque un obrero que pasa allí tres meses y luego muere es un mal obrero, que no rinde. De hecho, nosotros rendíamos poco, y esto creaba conflictos y daba lugar a protestas. Esta diarquía se apreciaba a simple vista porque en el campo de concentración, de noche se vivía bajo el dominio de las SS, y de día, en la fábrica bajo el poder de la industria alemana. Los técnicos alemanes que nos mandaban no eran

ningunos angelitos, al contrario, pero querían que la fábrica se acabara pronto para producir goma. Por lo tanto, estaban en contra de que se matara a un obrero, a un prisionero en el puesto de trabajo; sobre todo porque constituía un mal ejemplo, era algo unanständig, indecoroso, (que lo hagan en el campo de concentración, pero no aquí). Se producían entonces ciertos hechos bastante curiosos. Si uno se accidentaba en el trabajo, quedaba sometido a las normas sobre accidentes de trabajo; no cambiaba nada si luego, una vez de vuelta en el campo de concentración, lo mandaban a la cámara de gas. Era algo que a la fábrica no le concernía, la fábrica tenía sus propias reglas. Recuerdo que en cierta ocasión trabajé en una cisterna metálica enterrada donde había que quitar el óxido de las paredes. Era un trabajo como muchos otros, ni mejor ni peor; el técnico alemán había introducido en la cisterna una bombilla colgada de un hilo. Vino su superior, le echó un rapapolvo y le dijo: «Si llegara a gastarse el aislante del cable sería muy peligroso, toda la cisterna quedaría bajo tensión y estos podrían morir». Mandó entonces que nos dieran a todos linternas de minero. La industria alemana no era humanitaria. Pero no quería que la gente muriera allí, gratis.

Las SS veían todo esto con muy malos ojos. De hecho existía el robo organizado. Cuando en el campo de concentración había que construir una barraca nueva de ladrillos, las SS nos ordenaban que al salir de la fábrica nos trajéramos cuatro ladrillos cada uno. De esta manera conseguíamos cuarenta mil ladrillos exactos, porque éramos diez mil. Ladrillos que las SS le robaban a la industria, que permanecía callada, porque las SS eran muy temidas. A las SS no les importaba nada que en la fábrica robáramos bombillas, grasa para máquinas, cable o lo que fuera; y a la industria no le importaba nada que en el campo de concentración robáramos mantas y las lleváramos a la fábrica para venderlas en el mercado negro.

Resumiendo entonces, los fines del campo de concentración fueron tres: terror, exterminio y mano de obra. Usted también me ha preguntado cómo era posible que no saliera nunca un solo kilo de goma. No es difícil contestarle. La cantera en donde se alzaba la fábrica, debía entrar en pleno funcionamiento a finales de 1943; cada vez que en los tablones aparecían los anuncios: «La producción en esta sección comenzará el día tal», el día antes venía «un» avión –no sé si era

ruso, norteamericano o de otra nacionalidad- lanzaba «una» bomba sobre la central térmica o sobre la central eléctrica de manera tal que pudiera paralizar la producción, sin destruir la fábrica. Creo que había un acuerdo entre los aliados; la fábrica no produjo nunca nada, pero al finalizar la guerra la encontraron intacta.

de Europeos sin fronteras, Barcelona, Edit Anaya y Mario Muchnik, 1996.

Una temporada en el infierno

George Steiner

Sabemos, por los planos de quienes los construyeron y por el testimonio de quienes los habitaron, que los campos de la muerte constituían un mundo completo, coherente. Tenían su propia medida del tiempo, la cual era el dolor. Se asignaba lo insoportable con una minuciosidad pedante. Las obscenidades y las abyecciones infligidas estaban acompañadas de rituales estatuidos de irrisión y de falsas promesas. Había graduaciones prescritas del horror dentro de la esfera total, concéntrica. L'univers concentrationnaire no tiene un verdadero equivalente en los hábitos seculares. Su análogo es el Infierno. El campo encarna, a veces hasta en minucias, las imágenes y las crónicas del infierno en el arte y el pensamiento europeos, desde el siglo doce hasta el dieciocho. Eran estas representaciones las que le daban a los horrores insensatos de Belsen una especie de «lógica previsible». Las realidades en la iconografía occidental, desde los mosaicos de Torcello hasta los paneles del Bosco; fueron preparados desde los Terrores del Infierno en el siglo catorce hasta el Fausto. Es en las

fantasías de lo infernal, tal como obsesionan literalmente a la sensibilidad occidental, donde encontramos la tecnología del dolor sin sentido, de la animalidad sin objetivo, del terror gratuito. Durante seiscientos años la imaginación se entretuvo con el desollamiento, el potro, la burla de los condenados, en un recinto de látigos y de canes infernales, de hornos y de aire pestilente.

La literatura sobre los campos es extensa. Pero nada dentro de ella iguala la plenitud de las observaciones de Dante. Como no tengo experiencia personal del Arschloch der Welt –el término alemán, execrablemente exacto y alegórico, para Auschwitz y Treblinka-, puedo captar sólo de manera aproximada muchas de las notaciones de Dante. Pero todo el que pueda percibir, en el canto 33 del Infierno, el pleno significado de «el llanto mismo que impide llorar»:

«El llanto mismo no les permitía llorar, y el dolor que encontraba el obstáculo sobre los ojos se volvía hacia dentro para aumentar la angustia».

de *El castillo de Barbazul*, Madrid, Edit. Punto Omega/Guadarrama, 1977.

► «¿Cuál es la diferencia entre el campo de concentración y el infierno?», le preguntan al protagonista de *Sin destino*, la novela escrita por Imre Kertész. Su respuesta es contundente: «que el campo de concentración existe, el infierno, no».

¿Cómo funciona la lógica concentracionaria? ¿Qué mecanismos desarrolla para cosificar la vida humana? ¿Cómo administra el horror y la muerte?

La línea blanca

Jorge Semprún

En el sistema SS, Buchenwald también era un campo de reeducación: Umschulungslager.

-Nos harán falta campos como éste para esa tarea –dice, con aire positivo. Me mira, torciendo el gesto-. ¡Por lo visto, no te gusta la idea! ¿Qué te gustaría que se hiciera con Buchenwald? ¿Un lugar de peregrinación, de recogimiento? ¿Una colonia de vacaciones?

-¡Ni mucho menos! Me gustaría que el campo se abandonara a la erosión del tiempo, de la naturaleza... Que acabe sepultado en el bosque...

Me mira, boquiabierto.

-¡Mierda, no! ¡Qué despilfarro!

Recupero uno de los libros que había depositado en el mostrador. *La Lógica* de Hegel, en su versión abreviada, la de la Enciclopedia de las ciencias.

-¿Harán falta libros como éste, Antón, para la reeducación de los antiguos nazis?

Mira el título del volumen, hace un gesto desencantado.

-¡Desde luego tienes unas lecturas curiosas, reconócelo! Ayer, cuando caí sobre las fichas de los libros que no habías devuelto, constaté eso... Hegel, Nietzsche, Schelling... ¡Sólo filósofos idealistas!

Recuerdo las discusiones dominicales alrededor del camastro de Maurice Halbwachs.

-He aprendido mucho con la lectura de Schelling –le digo.

Le sorprende mi voz sorda, se encoge de hombros, refunfuñando.

-¡De todos modos es una elección sorprendente!





Parece consternado: realmente le doy pena.

-No voy a dejar esos libros en el catálogo... La voluntad de poder no me parece una lectura imprescindible –afirma.

Me parece comprender que está pensando en seguir aquí, ocupando esta misma plaza de bibliotecario, en esta misma biblioteca, en este mismo campo.

-¿Cómo? –le digo- ¿Te quedas aquí? ¿No vuelves a tu casa?

Hace un gesto vago.

Ya no tengo casa, no tengo familia... ¡Todos han muerto por el Führer! Unos voluntariamente, los otros a pesar suyo... Muertos de todas maneras... Aquí es donde seré más útil a una Alemania nueva...

Ahora lamento realmente haber devuelto los libros. Debería habérmelos quedado, no ceder ante la manía del orden y de la continuidad de ese viejo comunista.

de *La escritura o la vida*, Barcelona, E. Tusquets, 1995.



R E S I S T E N C I A S

La biblioteca judía en el gueto de Vilna

Abraham Zylberman

El período histórico que se desarrolla entre 1939 y 1945 nos enfrenta con asombro a las diversas reacciones de los hombres, sometidos a presiones de todo tipo. Uno de los ámbitos que fue testigo de estas conductas fueron los guetos, que en definitiva no eran más que campos de concentración con cierta autonomía y diversidad y en los cuales los contrastes sociales como morales alcanzaron puntos extremos.

Cualesquiera hayan sido las penurias, una conducta que nunca fue abandonada, fue la actividad espiritual. Hasta el cierre de los guetos, funcionaron teatros donde competían actores profesionales y aficionados. Las escuelas desarrollaron sus actividades en la clandestinidad, ante las prohibiciones y restricciones de los alemanes. Incluso la ciencia pura tenía receptividad en el gueto.

(...)

Por eso es interesante la lectura de las disposiciones de la Biblioteca del Gueto de Vilna. En 1942, cuando la maquinaria del exterminio de los judíos estaba en marcha, existía la preocupación por mantener cierto orden, cierta disciplina interna, como que la vida debería tener una dosis de equilibrio en aquellos días de desequilibrio. Era también una forma de avizorar un futuro, lejano por aquel entonces, donde la normalidad reemplazaría a la locura que se había desatado.

Reglamento del salón de lectura del Gueto de Vilna:

(Julio de 1942, director: H. Kruk)

- 1- Todos los pobladores del gueto, sin distinción de edad, pueden disfrutar del salón de lectura.
- 2- No se permitirá acceso al salón de lectura con libros propios.
- 3- Está prohibido el acceso de los lectores a los estantes con libros.



- 4- Los lectores pueden recibir cada vez dos libros.
Pueden además cambiarlos tres veces por día.
Los hombres de ciencia e investigadores pueden recibir libros en la cantidad que necesiten, sin restricciones.
- 5- Los niños pueden retirar sólo un libro y cambiarlo hasta dos veces por día.
- 6- Los niños recibirán solamente libros que están anotados en un listado previamente aprobado por sus maestros.
- 7- Los libros que están en el salón de lectura no están disponibles para el préstamo a domicilio.
- 8- Los científicos e investigadores pueden, en caso de necesidad y con autorización de la Comisión Directiva, recibir libros en préstamo que están en el salón.
- 9- Las reservas de libros para préstamo pueden hacerse hasta las 16 horas.
- 10- La lectura puede realizarse solamente junto a las mesas.
- 11- Está prohibida la conversación entre el público lector como así también la lectura en voz alta.
- 12- Está terminantemente prohibido pasear por el salón de lectura.
- 13- Está prohibido hacer cualquier tipo de observación escrita en los libros.
- 14- El libro debe ser mantenido limpio, no doblar sus hojas ni manchar sus páginas.
- 15- Al retirarse del salón, los libros y diarios deben ser entregados al bibliotecario.
- 16- Si se desea renovar un libro en préstamo por algunos días, debe darse aviso de ello al bibliotecario.

de Revista Nuestra Memoria, Año V, N° 9, abril 1998.

Tiempo de recordar

Jack Fuchs

¿Hubo algún tipo de organización para resistir?

En 1943 algunos bundistas formamos un grupo. Nos reuníamos con «alguien» que había estado en el ejército polaco. El se encargó de enseñarnos cómo manejar un arma. Todo era con la imaginación, porque yo nunca vi ni un revólver.

Cuando esta noticia llegó al Comité del Bund y los dirigentes se enteraron de qué hacíamos, nos llamaron y nos retaron. El lema fue, por entonces, «soportar y sobrevivir», un modo de resistencia pasiva.

Estuvimos sometidos a juicio. Algunos fueron expulsados y otros perdonados. Fui interrogado por tres personas. Me absolvieron.

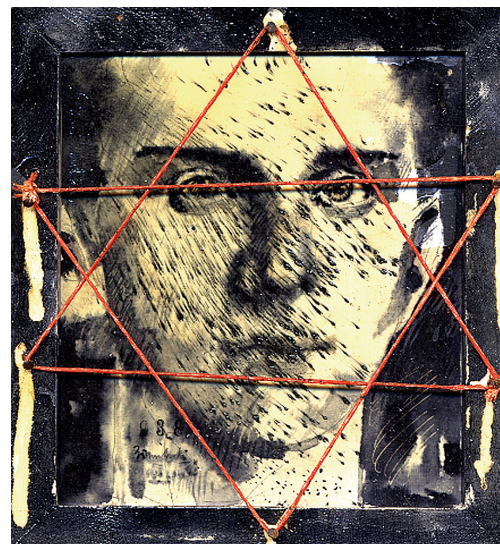
Quizás suene desagradable pero, desde afuera, la situación resulta difícil de juzgar. Ese era el caso del Bund. Con las demás organizaciones pasaba lo mismo.

No soy un gran teórico. En todos los casos las suposiciones se adaptan a las circunstancias. No había manera de encarar resistencia alguna. Como dije, el gueto era un lugar herméticamente cerrado. No podía salir ni una aguja. No fue como en Varsovia que tenía canales y diversas formas de entrar y salir, de introducir armas...

Tal vez hubiese algún modo de fugar... Hasta hoy en día no sé si era posible; porque aunque la ambición fuese escapar, no había dónde ir.

¿Recuerda el momento en que los obligaron a colocarse la estrella amarilla?

Recuerdo, como un primer flash, el momento en que nos ordenaron ponernos la estrella amarilla. Creo que fue antes de cerrarse el gueto, tal vez ocho o diez meses después de la ocupación. Era un Maguen David por la frente y la espalda. Nadie se resistió. Todos pensábamos que era una situación pasajera.



Cuando llegué a Estados Unidos, los primeros años, al bajar a la calle sin chaqueta me miraba si tenía colocada la estrella amarilla. Durante mucho tiempo quedó –como un reflejo– el verme si la llevaba puesta. Luego desapareció.

¿Me podría describir el gueto?

Todos íbamos a trabajar. Mi hermanita pequeña se quedaba sola. Nos veíamos, muy a menudo, con mis amigos. Jugábamos al fútbol. En todos los barrios había siete u ocho organizaciones sionistas diferentes, desde Hashomer Hatzair hasta Betar. Cada una tenía su local. Estos espacios desaparecieron en los primeros tiempos de establecido el gueto.

Recuerdo las primaveras del gueto ya que los inviernos, sobre todo en Lodz y durante la Guerra, fueron tremendos. La gente se moría y el sufrimiento era intenso. Pero cuando llegaba ese «renacimiento» nos

enterábamos que se habían abierto otros frentes, y –entonces– se reavivaban las esperanzas de sobrevivir.

de Jack Fuchs, *Tiempo de recordar, Conversaciones con Liliana Isod*, Buenos Aires, Edit. Mila, 1995.

La resistencia judía

Damián Szmulewicz

En el mes de marzo de 1933, el Dr. Leo Baeck, miembro de la «Asociación Central de Ciudadanos Alemanes de la fe Mosaica» pronunció su famosa frase: «La historia de los judíos en Alemania ha llegado a su fin». Hitler ya había accedido al poder, y sus ideas antisemitas ya estaban manifiestas en la primer plataforma del Partido obrero alemán nacionalsocialista:

«5°. Sólo podrá ser ciudadano (alemán) quien sea nativo.

Sólo será nativo quien tenga sangre alemana, sin considerar su religión. Por lo tanto ningún judío podrá ser nativo».

A partir del avance alemán sobre los países vecinos, una vez iniciada la guerra, la premisa de Baeck pareció extenderse. Judíos polacos, lituanos, checoslovacos y austríacos veían atormentados como el nuevo régimen marginaba a sus familias y a ellos mismos. Esa marginación tomó distintos matices, partiendo del no

reconocimiento como ciudadanos, el despojo de sus bienes, la concentración en guetos, la explotación y, finalmente, la muerte y el aniquilamiento.

Ya en ese entonces se preguntaban, incluso ellos mismos, porque no hacían nada para revelarse. Se planteó el debate sobre el paralelismo de la situación judía frente a los campos de exterminio con la de bestias marchando camino al matadero. Esta comparación ignora las consecuencias de los hechos que precedieron a la llamada «solución final».

Los nazis habían debilitado físicamente a los judíos, degradando su honor y quitándole la voluntad de mantenerlo. Fueron aislados del mundo y sus instituciones independientes fueron arrasadas. La lucha constante por vivir individualmente limitaba la acción a la búsqueda de alimento, de calor.

Además, la población era engañada constantemente. Uno de los ejemplos más mencionados de este

tipo de maniobra política, es el sucedido en el gueto de Varsovia, cuando el presidente del Judenrat, Adam Czerniakow, consultó en el GESTAPO sobre un rumor de «reasentamiento» que corría en el Gueto. Le respondieron que eran «habladurías y cosas sin sentido» y por lo tanto, Czerniakow desmintió esa información. Dos días después, empezaron las deportaciones y evacuaciones masivas. El mismo día Czerniakow se suicidó.

► **La Resistencia a la opresión y las actitudes sociales hacia esta es una de las cuestiones más difíciles para indagar sobre el pasado reciente. Tomando como base estos fragmentos, investiguen acerca de lo sucedido en su comunidad durante el período de la última dictadura militar (1976-1983).**

Es entonces que considerando las circunstancias, la rebelión masiva no tenía espacio para ser pensada organizada. (...)

El dilema era cómo actuar. En Bialistok, Abba Kovner –compañero de Jaika Grossman del Hashomer Hatzair–, propuso el siguiente proyecto:

«1) Establecer la organización de combate y sus células (...)

2) Buscar aliados en los otros movimientos jaltzianos (pioneros) y también entre los comunistas (...)

3) Mejorar y ampliar nuestra red en la zona aria. Su función sería buscar aliados fuera del gueto, establecer vínculos con ellos y conseguir, con su ayuda, armas (...)

4) Difundir entre todos los judíos, y en especial entre los jóvenes, la cruel verdad acerca de los proyectos

de aniquilación total de los judíos que los alemanes impondrán en Europa Oriental. Debíamos incitarlos a defender sus vidas con armas, palos herramientas y, cuando no hubiera otra posibilidad, con los propios puños».

Si bien en todos los guetos existieron gacetas y publicaciones que advertían la situación a la población y llamaban al levantamiento organizado, los judíos del gueto que conocían el «método incontinente de los nazis de atribuir la responsabilidad de manera colectiva, muchos pensaban que la lucha de los jóvenes carecía de peso, pero el daño que podían causar era incalculable».

La resistencia no solo era armada. Contra el sistema prebendario de los Judenrat, y por la falta de eficacia del mismo, los movimientos de resistencia fomentaron el trabajo social. La acción social se efectivizaba a través de comedores escolares, servicio de salud pública y prevención de enfermedades infecciosas.

(...)

Otra forma de resistir era económicamente, participando del contrabando y de la industria ilegal. El jefe de judenrat de Varsovia, Adam Czeriakow habría estimado en 80% del total la cantidad de alimentos que habían sido introducidos ilegalmente. El contrabando era en sí una actividad contra la política oficial alemana, y como tal no recibió demasiada oposición. Ni siquiera del Judenrat.

Al mantener determinadas actitudes para con los demás, los judíos estaban resistiendo a la calificación impuesta por los alemanes hacia los judíos. Según esta, los judíos eran dóciles, colaboracionistas, delatores y traidores a su propia supervivencia. Los archivos policiales del gueto de Varsovia no contenían delitos y crímenes graves que hallan ocurrido en el gueto, aun en situación de caos. Esta rectitud contrastaba con aquel prototipo que se intentaba imponer.

La resistencia cultural y religiosa, también resultó de vital importancia para mantener los rasgos de humanistas que, poco a poco, los alemanes querían quitarles.

Itzjak Katzenelson, Isaiah Spiegel y Abraham Sutzkever, junto a otros tantos escritores, mantenían con vida la creación literaria judía, en idish y en hebreo. Mientras tanto, el historiador Emmanuel Ringelblum organizaba el archivo clandestino «Oneg Shabat» registrando para los historiadores del futuro, todos los sucesos del gueto –y de otros guetos también-. Con respecto a la religión, Jaim Kaplan describía en su diario, como «cientos de grupos ocultos en toda Varsovia oran en público, sin saltarse ni las más difíciles oraciones».

Existen fuentes que cuentan sobre los peligros que estaban dispuestos a correr los judíos para seguir manteniendo la tradición religiosa en los campos de concentración. Estos actos no eran sin sentido, sino que esos judíos realmente tenían fe y estaban convencidos que seguirían viviendo sin rendirse a la opresión

nazi. Y ésa era la manera más difícil pero sencilla a la vez de resistir.

de Revista Forum, Año II, N° 2, mayo 1998, B'nai Brith.

▶ «Mi general, el hombre es muy útil.

Sabe robar, sabe matar.

Pero tiene un defecto: sabe pensar»

Bertold Brecht (dramaturgo y poeta alemán-checo)

La orgía de muerte y el levantamiento ético

Israel Laubstein

El 22 de julio de 1942 se produce un vuelco dramático en el destino final que tendrá la comunidad judía más grande de la Polonia de preguerra, cuya población constituía más del 30% del total residente en Varsovia.

En Varsovia la comunidad recibe estas noticias con reserva, pero no así las organizaciones políticas judías que ya a principios de 1942 coinciden en que deben organizarse para protagonizar un levantamiento armado. Pero sin armas y huérfanos de todo apoyo externo e interno, estas organizaciones con fuerte presencia juvenil, postergan el intento.

En febrero de 1941 llegan a Varsovia noticias de que en la ciudad de Chelmno fueron muertos con gas en dos meses 40.000 judíos procedentes de Lodz. Los alemanes comenzaban desde ese momento con los asesinatos masivos.

Llega el fatídico día del 22 de julio de 1942 donde ingresa al edificio del Judenrat, el llamado «comando

de expulsión» encabezado por el comandante alemán Hefle, quien ordena que todos los judíos «no productivos» deberán ser trasladados hacia la frontera oriental y que esta evaluación deberá ser dirigida por la policía judía en coordinación con dicho comando. De este modo, los alemanes obligan al propio Judenrat a dirigir los pasos previos al cumplimiento de la sentencia de muerte de más de 300.000 habitantes del gueto.

El 12 de septiembre de 1942 cesa oficialmente la acción de expulsión. Nominalmente quedan en Varsovia 33.400 judíos que trabajaban en fábricas y empleos de alemanes, incluidos 3.000 empleados del Judenrat. Sumados a los que se han podido esconder en sótanos y otros sitios la suma de sobrevivientes hasta esa fecha es de aproximadamente 60.000 personas. Más de 260.000 personas fueron eliminadas en el lapso de siete semanas.

El 20 de octubre de 1942, se constituye la Organización de Combate Judío (OCJ) que protagoniza-

rá jornadas épicas de reivindicación nacional en el levantamiento del 19 de abril de 1943 en el Gueto de Varsovia.

de El levantamiento del Gueto de Varsovia, 57 aniversario (1943-2000), Buenos Aires, 19 de abril de 2000.

El gueto de Varsovia y la globalización aniquiladora

León Rozitchner

¿Cómo salir de los recordatorios convencionales cuando se trata de la resistencia heroica del Gueto de Varsovia? ¿Qué significación adquiere esa rememoración ahora, cuando inmensas poblaciones son los nuevos elegidos de esta renovada destrucción que estamos viviendo, con millones de torturados y aniquilados por el hambre, la enfermedad, y al fin la muerte? ¿Podemos los judíos conservar la memoria de ese levantamiento heroico restringiéndolo sólo a nuestra propia historia? ¿O más bien el Gueto de Varsovia se ha convertido en el símbolo de la resistencia extrema que un puñado de hombres ofrecieron al mundo, que los había dejado solos frente a aquella destrucción planificada con la frialdad extrema de la racionalidad cristiana de occidente? ¿Y que, ahora expandida, ha convertido a toda la tierra en un inmenso gueto, sin muros, que desde esa barbarie amplificada se prolonga en el anonimato de los nuevos nazis que, casi sin resistencia, extienden su manto de destrucción y de muerte sobre la faz de la tierra?

El acto supremo de la rebeldía judía, que se une a la larga serie silenciada de otras masacres que sucedieron en el mundo, clama todavía como un hecho cuya infamia sin el cristianismo (promotor del denigramiento sagrado bimilenario contra los judíos, acusados de deicidas) no hubiera jamás existido. ¿No debe transformarse el Gueto de Varsovia en un símbolo vivo de la resistencia contra la más horrenda barbarie y, por lo tanto, contra la que ahora asuela al mundo, que expresa, en su estela heroica, un desmentido al triunfo del espanto sobre la vida? Para la aritmética de la economía del mercado: ¿cuántos guetos de Varsovia caben en Hiroshima y Nagasaki, en Kosovo, en Panamá, en África, en América Latina?

En el aniquilamiento de los judíos, aún en lo que éste tiene de tragedia singular, de ignominia fulgurante quizás irrepetible, no dejemos de ver sin embargo la destrucción masiva que, ahora en otros pueblos, prolongan sus actuales herederos.

de *El levantamiento del Gueto de Varsovia, 57 aniversario (1943-2000)*, Buenos Aires, 19 de abril de 2000.

► ¿Cuáles son los puentes que establece León Rozitchner entre el aniquilamiento de los judíos y otras matanzas posteriores? ¿Qué argumentos encuentra para establecerlos?

De Pésaj al Gueto (en conmemoración del levantamiento del Gueto de Varsovia)

Rabino Daniel Goldman

Ontológicamente el nazismo es una ideología funcional que, entre otras cosas, tiene como objetivo quitarle entidad a la vida y despojar al hombre de su característica humana.

Una arista de esta doctrina se traduce enteramente en las lecciones que recibían los integrantes de la Juventud hitlerista, cuando se les instruía informándoles que un ser humano contiene suficiente cantidad de grasa como para fabricar siete panes de jabón, bastante hierro como para fundir un cuchillo de tamaño medio, tanto fósforo como para completar dos mil cabezas de cerillas y la proporción necesaria de sulfuro como para aniquilar a otra persona en un instante.

La mente no era capaz de imaginarse que estos datos cuantitativos que componen químicamente al hombre fuesen capaces de viabilizar una práctica inefable, que ni siquiera pueda ser contenida por las palabras «macabro», «holocausto», o «Shoá».

El pan de jabón manufacturado con piel humana logró imponerse en la cultura occidental como la representación más cruenta de aquello a lo que puede estar dispuesto el hombre a hacer con su prójimo. El pan de jabón finalmente se transformó en el símbolo de lo que significa una información utilitarista y despojada de espíritu en determinadas circunstancias.

Y así filósofos y poetas desencantados de una humanidad imposibilitada de restablecerse en su genuina condición expresaron a través de sus plumas lo grotesco que representa el espectáculo de un hombre mirándose al espejo que, al contemplar su propia imagen, piensa que él simboliza el ápice de la Creación e ignorando que cualquier bestia, como el león y el tigre, es estéticamente superior y menos capaz de producir atrocidades.

El pan de jabón constituye el emblema que sintetiza la ecuación extrema alrededor de la cual la humanidad creyó que había llegado a su punto más bajo,

convencida de que después de la Shoá jamás podría volverse a repetir la versión de que aleatorias fórmulas químicas reemplacen la sensibilidad humana; es decir, que situaciones históricas como la Shoá no volverían a repetirse.

Pero bien conocemos de nuestro reciente pasado, que en el autodenominado «Proceso de Reorganización Nacional» la ideología nazi volvió a resurgir como el Ave Fénix. Y de nuevo, ontológicamente, las expresiones como «no hubo desaparecidos» y otras similares nos remiten a la antigua fórmula en la que era adoctrinada la Juventud hitleriana.

El que desaparece estuvo, existió. Pero para los nazis o Videla no se le quita entidad humana a aquello que no tuvo vida. Lo que no fue persona (un judío para el nazi, o un detenido para el militar de la dictadura) es pasible de transformarse en un objeto utilitario como un fósforo, un papel o un jabón.

Este paralelismo histórico me permite pensar que la rebelión del Gueto de Varsovia representa, en otra dimensión, la lucha de muchos hombres y mujeres quienes, agrupados en organismos de derechos humanos, se opusieron al régimen dictatorial, cuyo objetivo era edificar una sociedad basada en la maldad, en la fuerza bruta y la opresión. Los organismos representar la resistencia contra la crueldad, amalgamada con el poder estatal.

Es por eso que este 19 de abril al honrar a Mordejai Anilevich y sus seguidores quiero recordar también a las Madres y Abuelas que encarnaron la lucha por la libertad y la justicia contra el autoritarismo que imperaba en nuestro país, cimentada en una ideología que hedía de un modo similar a la de aquellos que cometieron las mayores atrocidades de nuestro siglo.

En esta fecha, permitamos que la memoria, bendito atributo de nuestra alma, funcione como un mecanis-

mo contra el maldito olvido para que NUNCA MÁS estas cosas vuelvan a ocurrir.

de *De Pésaj en agosto*, Rabino Goldman. Diario Página 12, pág. 3, 19 de abril de 2000.

► **Tanto el holocausto como el terrorismo de Estado que se vivió en Argentina a mediados de los setenta planificaron la aniquilación de colectivos humanos borrando la huella de su paso por el mundo.**

¿Cuáles fueron las condiciones que hicieron posible el horror en cada una de las sociedades? ¿En qué medida ambos procesos son comparables?

La resistencia en el gueto de Vilna

Daniel Feierstein

Vilna (capital de Lituania) era llamada la «Jerusalén del Norte», por la intensa producción intelectual de su comunidad judía. Según el censo de 1931, Vilna era habitada por más de 55.000 judíos, lo que representaba un 28% de la población total de la ciudad. Vilna fue ocupada por el Ejército Rojo al inicio de la guerra, como parte del tratado Molotov – Ribentropp.

Con el inicio de la «Operación Barbarrosa», la invasión alemana de la Unión Soviética, comenzaron a operar los Einsatzgruppen, grupos comando de élite de las SS alemanas, que actuaban en la retaguardia del frente y tuvieron a su cargo las primeras ejecuciones masivas de judíos. Vilna fue conquistada por los alemanes el 24 de junio de 1941. En principio, se estableció un primer Judenrat, dirigido por Saúl Trotzky. Como la actuación del Judenrat no satisfizo a los alemanes, este fue clausurado el 2 de septiembre y la mayor parte de sus miembros fueron asesinados. Entre junio de 1941 (fecha de la invasión alemana) y fines de dicho año, fueron asesinados entre 35.000 y 40.000 judíos en los

bosques de Ponary (Ponar), como parte de la acción de los Einsatzgruppen alemanes.

Los alemanes ingresan al gueto de Vilna para «liquidarlo» a comienzos de septiembre de 1943. Allí encuentran una primera resistencia en la calle Strashún (donde se concentraban los «refugios fortificados»). Pero nuevamente Gens negocia con los nazis el retiro de las tropas alemanas del gueto, a cambio de hacerse cargo (junto a la policía judía) de cubrir la cuota de deportación que requieren los alemanes (más de la mitad de la población sobreviviente). Gens cubre esta cuota penetrando con la policía judía en los refugios «no fortificados», es decir, en donde se habían ocultado judíos dispuestos a dar combate, pero no enrolados en las filas de la resistencia y, por tanto, carentes de armamento. En este operativo, evita deliberadamente acercarse a la calle Strashún, pero tampoco los miembros de la resistencia dejan sus refugios para dar la disputa en las calles con Gens.

Finalmente, y luego de mucha discusión, algunos contingentes se retiran a los bosques. Las «selecciones» continúan en el gueto, pero los alemanes siempre mantienen la política de dejar a algunos con vida. El 15 de septiembre de produce otra gran deportación. Sólo quedan unas tres mil personas en el gueto (básicamente, los miembros del Judenrat y sus familias). El gueto es definitivamente liquidado entre el 2 y 3 de julio de 1944, cuando los últimos judíos son fusilados en los bosques de Ponar, al igual que los primeros judíos asesinados en Vilna, en 1941.

de Cinco estudios sobre genocidio, Buenos Aires, Ed. Acervo cultural, 1997.

La lectura en las Barracas.

La pequeña biblioteca de Auschwitz

Alberto Manguel

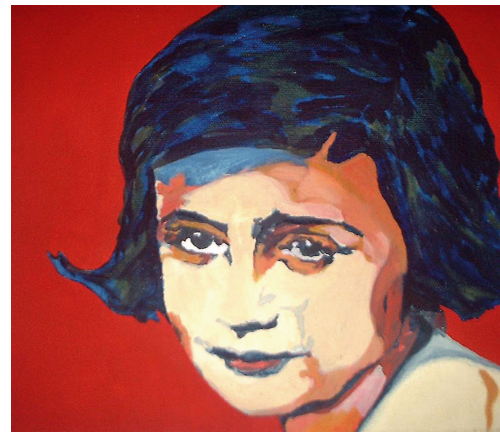
Desde la emblemática quema de libros llevada a cabo en una plaza de Unter den Linden, frente a la Universidad de Berlín, en la noche del 10 de mayo de 1933, los libros se convirtieron en un blanco específico de los nazis. Menos de cinco meses después de que Hitler se convirtiera en canciller, el nuevo ministro de Propaganda del Reich, el doctor Paul Joseph Goebbels, declaró que la quema pública de autores como Heinrich Mann, Stefan Zweig, Freud, Zola, Prust, Gide, Helen Keller, H.G. Wells le permitía «al alma del pueblo alemán volver a expresarse. Esas llamas no sólo iluminan el punto final de una era pasada; también echan luz sobre la nueva».

La nueva era proscribía la venta o circulación de miles de libros, tanto en negocios como en bibliotecas, así como la publicación de otros nuevos. Los libros que comúnmente se conservan en los estantes de la sala de estar porque eran prestigiosos, informativos o entretenidos, de pronto se volvieron peligrosos. La posesión privada de los libros registrados estaba prohibida;

muchos fueron confiscados y destruidos. Cientos de bibliotecas judías en toda Europa fueron quemadas. Tanto colecciones personales como tesoros públicos.

Siete meses después de que fueran pronunciadas estas directivas, en septiembre de 1943, los nazis establecieron un llamado «campo familiar» como una extensión de Auschwitz, en el bosque de abedules de Birkenau, que incluía un bloque separado, el «número 31», construido especialmente para los niños. El objetivo de este bloque era demostrarle al mundo que los judíos deportados al Este no eran asesinados. En realidad, se les permitía vivir seis meses antes de ser enviados al mismo destino que las otras víctimas deportadas. Finalmente, después de haber cumplido con su propósito propagandístico, el «campo familiar» fue cerrado de manera permanente.

Mientras estuvo abierto, el Bloque 31 albergó a 500 niños que convivían con varios «consejeros» y, a pesar de la estricta vigilancia, poseía, sorprendentemente,



una biblioteca infantil clandestina. La biblioteca era minúscula: abarcaba ocho libros que incluían una *Breve historia del mundo*, de H.G. Wells, un libro de texto escolar ruso y una prueba de geometría analítica. En una o dos ocasiones, un prisionero de otro campo logró ingresar un nuevo libro de contrabando, de modo que la cantidad de unidades aumentó a nueve o diez. Por las noches, se guardaban los libros con otros bienes de valor como medicamentos y raciones de comida, en la pequeña habitación del niño de más edad del bloque. Una de las niñas se encargaba de ocultar los libros en un lugar diferente cada vez. Irónicamente, aquellos que estaban prohibidos en todo el Reich (los de H.G. Wells, por ejemplo) podían encontrarse en las bibliotecas de los campos de concentración. Ocho o diez libros conformaban la colección física de la Biblioteca Infantil de Birkenau, pero había otros que sólo circulaban de boca en boca. Cuando lograban evitar la vigilancia, los consejeros recibían a los niños libros que ellos mismos habían aprendido de memoria en otros tiempos, turnándose para que diferentes consejeros

«leyeran» a diferentes niños cada vez: esta rotación se conocía como «intercambio de libros en la biblioteca».

Resulta casi imposible imaginar que bajo las condiciones intolerables impuestas por los nazis, la vida intelectual pudiera continuar. Una vez le preguntaron al historiador Yitzhak Schipper, que escribió un libro sobre los jázaros mientras era un prisionero del Gueto de Varsovia, cómo hizo su trabajo sin poder sentarse e investigar en archivos apropiados. «Para escribir historia» respondió, «hace falta una cabeza, no un culo». Muchos se hicieron eco de su sentimiento, reemplazando «escribir» por «leer».

de *Diario Clarín*, secc. Cultura y Nación, 07 de junio de 2003.

► **¿Cómo era la vida cotidiana en situaciones límite, cuando tanto los campos como los guetos estaban diseñados, justamente, para deshumanizarla? Sin embargo, la vida continuaba y allí también convivían los perpetradores y las víctimas.**

¿Cómo vivían quiénes administraban el horror, cómo se relacionaban con sus esposas, sus hijos? ¿Cómo con las víctimas?

¿Qué formas de resistencia imaginaban las víctimas? ¿Con qué estrategias resistían la barbarie? ¿Podían reír, leer, narrar, amar?

Al maestro con cariño (sobre Janusz Korczak)

Rubén Naranjo

Pocos días después de su voluntaria partida fueron encontrados en el asilo de huérfanos judíos del gueto de Varsovia unos apuntes desordenados, hoy conocidos como sus memorias, que ilustran acerca del pensamiento, las luchas, los desalientos y las esperanzas que jalonaron la vida de Janusz Korczak, médico, escritor y maestro polaco nacido en 1878. En 1911 logró abrir el Asilo de Huérfanos Judíos de Varsovia que dirigió hasta su viaje final secundado por la ejemplar maestra Stefania Wilezyska. En él puso en práctica sus ideas fundamentales tal como la de trasladar a los internados las responsabilidades de la organización y plena actividad del orfanato, recurso que permitía superar el dualismo –aun vigente– de adulto-mando, niño- obediencia.

Concluida la «Gran Guerra», Janusz Korczak y Maryna Falska regresan a Varsovia y desde 1919 hasta 1936 codirigen el hogar Nuestra Casa destinado a huérfanos polacos católicos.

Toda su experiencia como educador quedó registrada en innumerables artículos y en los 26 libros que publicó, de los cuales solamente se conoce en nuestro país *Si yo volviera a ser niño*. Su protagonista –un maestro– regresa a la infancia y vuelve a la escuela como un escolar que con sus experiencias de niño-adulto analiza las actitudes de los mayores y cuestiona severamente su desconocimiento de la personalidad de los niños, de sus alegrías, tristezas y angustias, muchas de las cuales son motivadas por injustas decisiones de padres y maestros.

Korczak no fue un teórico de la educación en el sentido estricto de los especialistas que crean conjuntos conceptuales relacionados con principios filosóficos o consideraciones ideológicas, sino que toda su obra es una extensa memoria de su quehacer con los niños para quienes reclamó permanentemente y en todas las circunstancias el respeto de los mayores. «Se dice que los niños no tienen madurez. Pues bien, bonita cosa es la inmadurez, la gente de los países ricos dice

que los países pobres carecen de madurez; ¿y qué sería de ellos sin nosotros? Pues bien, de la misma manera decimos que el niño carece de madurez, y eso no es verdad: sólo es una forma de oprimirlos», expresó el hombre que no solamente dedicó su vida a los niños sino también su muerte.

No existen testimonios ciertos de sus palabras con el verdugo nazi, pero los sobrevivientes del gueto han narrado que el «doctor» refiriéndose a los niños, le pidió:

-Ordene que me permitan juntarme con ellos.

-¿Cómo para qué? Yo soy su preceptor. No pueden irse sin mí.

de Diario Página 12, secc. Cultura, 04 de agosto de 1992.



V O C E S Y M A R C A S

Los poemas de los niños de Terezin

Los dibujos y poemas, creados por los niños en el gueto de Terezín, establecido por los nazis como vivienda provisional en su viaje hacia la muerte, nos hablan y conmueven desde hace casi medio siglo. Se han convertido en un monumento de miles de niños, a quienes no se permitió llegar a la edad adulta y que no tienen su propia tumba con un monumento real en alguna parte.

Dejaron más de 4.000 dibujos y cientos de poemas y otras manifestaciones literarias. Todavía hoy, muy poca gente los conoce y en esta publicación sólo podemos presentar un modesto fragmento. Después de tantos años, el Museo Judío de Praga retoma este tema, que en nuestra opinión sigue siendo vital. Queremos darlo a conocer a esta generación, que tiene la suerte de que el período durante el cual fueron hechos estos dibujos y escritos estos poemas pertenece a la historia.

Los niños pintaron y escribieron para expresar su alegría y su tristeza, para compartir sus recuerdos, sus

ansias, sus temores y sus esperanzas. Creían en un mañana feliz, no sabían en aquellos días que sobre ellos pesaba una sentencia de muerte.

Durante los años comprendidos entre 1941 y 1944, el gueto de Terezín, en la antigua ciudad y fortaleza militar situada en el norte de Bohemia, fue su hogar obligado y temporal. Algunos niños estuvieron aquí por un corto tiempo y no tuvieron tiempo de coger un lápiz en la mano y trazar un dibujo o escribir un poema. Los más afortunados, si vivir en un campo de concentración puede llamarse fortuna, vivieron aquí por más tiempo y nos dejaron sus dibujos y poemas. En su mayoría fueron deportados del gueto hacia los campos de exterminio y guetos en el Este, los últimos a fines del mes de octubre de 1944. Muy pocos de ellos vivieron para ver la liberación de Terezín.

Los autores de los dibujos son en su mayoría niñas de 10 a 15 años de edad. No sabemos si las niñas tenían una necesidad mayor de expresar sus sentimientos



mediante la actividad artística. Más bien nos inclinamos a suponer que las lecciones de dibujo y pintura se realizaron en mayor número y con más regularidad en el hogar para niñas L410. Allí también vivía la excelente artista Friedl Dicker – Brandejs, organizadora y profesora de dichos cursos. No obstante los chicos también dibujaron bajo su dirección.

A diferencia de los dibujos infantiles, la mayor parte de la literatura de Terezín fue escrita por chicos. Estos trabajos originados más espontáneamente se han conservado en su mayoría principalmente en las revistas infantiles, publicadas en la mayor parte de los casos precisamente por chicos. En estas revistas, los chicos se expresaban también artísticamente y a menudo acompañaban sus trabajos escritos con dibujos. Bien se trate de poemas cortos, escritos por los niños más pequeños, más bien ingenuos, graciosos y a menudo humorísticos, que recuerdan las coplillas infantiles, o de reales intentos de escribir poesía, logrados frecuentemente con éxito, por chicos mayores.

Los poemas y los trabajos literarios de los niños y jóvenes de Terezín tienen en consecuencia un elevado valor. Constituyen una fuente histórica de las condiciones en el gueto y principalmente de la vida de sus niños. Nos permiten una visión de los sentimientos íntimos de sus autores y comprender sus sentimientos en su calidad de prisioneros, su percepción de la vida en el gueto, sus sufrimientos y sus pequeñas alegrías infantiles, sus temores y su fe en un futuro mejor. (...)

Antes de que sea tarde

Alena Synkova (fragmentos)

Quisiera ir a solas,
adonde la gente sea mejor,
hacia algún lugar desconocido,
allí donde nadie mate.

Acaso muchos de nosotros,
puede ser que miles,
alcanzaremos esta meta

Temor

Eva Picková (fragmentos)

Mi corazón late todavía en mi pecho
Mientras, mis amigos parten hacia otros mundos.
Quizás morir enseguida -¿quién lo diría?
Sea mejor que ver esto.

No, no, Dios mío, queremos vivir.
No queremos que disminuyan nuestras filas.
Queremos hacer un mundo mejor.
Queremos trabajar – no debemos morir.

Preguntas y una respuesta

Hanus Hachenburg (fragmentos)

¿Para qué sirve a la gente la hermosa ciencia?
¿Para qué sirve la belleza de las mujeres?
¿Para qué sirve el mundo, cuando no existe el derecho?
¿Para qué existe el sol, cuando no hay día?
¿Para qué sirve la vida, si es un tormento?
¿Por qué el mundo es solamente una muralla?
Sí hijo, las cosas son como son
para que tú seas un hombre. ¡Y luches!

La mariposa

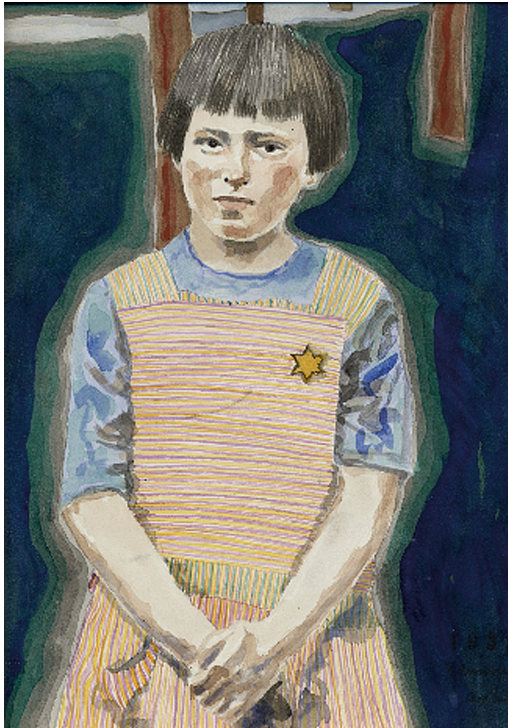
Pavel Friedman (fragmentos)

Tan, tan amarilla
Volaba, se movía ligeramente hacia lo alto.
Se fue, seguramente quería dar al mundo
Un beso de despedida.
Hace siete semanas que vivo aquí
Encerrado en este gueto
Pero he encontrado a mi gente aquí,
Me llaman las lorciillas
Y la blanca rama del castaño del patio.
No he visto más mariposas.
Aquella fue la última
Las mariposas no viven aquí,
En el gueto.

de Hana Volaková, *No he visto mariposas por aquí*, Publicado por el
Museo Judío de Praga. 1959.

Rodas, Auschwitz, Lager, Dachau

Sara Jerusalmi



Cuando llegamos al Pireo nos mantuvieron en bloque, bajo condiciones miserables. Como alimento sólo nos daban sopa, sin pan. Fue allí que muchos miembros de nuestro grupo murieron.

Una de las cosas que siempre recordaré es el viaje de Atenas a Auschwitz, en vagones de ganado. Nos trataron como animales, sin agua ni comida. Lo que sucedió en aquellos vagones estaba por debajo de cualquier nivel de dignidad humana. Ya podíamos sentir que íbamos hacia la muerte.

Fue el hecho más terrible de mi vida. No podíamos respirar porque sólo teníamos una ventana pequeña. Debíamos estar acostados uno encima del otro, con mujeres, ancianos y niños llorando. Muchos murieron en esos vagones, y cuando llegábamos a las estaciones, los oficiales alemanes los arrojaban afuera, como si fueran sacos de basura. No tenían sentimiento de compasión alguno.

Cuando finalmente llegamos a Auschwitz, una noche después de un mes de haber partido de Rodas, nos hicieron poner en fila, separando a los hombres de las mujeres y los niños. Esta escena de la selección, con la separación de padres y niños, los gritos, los lamentos, el castigo a los ancianos, la brutalidad... nunca la olvidaré mientras viva.

Todos los seleccionados para trabajar fuimos llevados a la sala de desinfección y duchas. Nunca más volvimos a ver a nuestros padres y madres. Nos dieron un jabón para lavarnos, afeitaron nuestra cabeza, se llevaron nuestras ropas y nos dieron –en cambio– unas viejas y zuecos, independientemente del tamaño. ¡A ellos qué les importaba! Me tocó una chaqueta corta, mientras que a alguien que era de baja estatura le tocaron pantalones muy largos.

¡Y pensar que cuando llegamos creíamos que íbamos a comer una comida decente porque oímos carne asada! No teníamos idea de que ése era el olor de la

cremación, como nos dijo después un SS riendo: «Es el olor de vuestros padres e hijos».

El nuestro fue uno de los últimos trenes que arribó a Auschwitz; al poco tiempo de nuestro arribo, el crematorio dejó de funcionar. Tenía tanto miedo de que pudieran enviarme allí, porque cada día perdía más y más peso, que para parecer más sana y fuerte frotaba raíces de remolacha en mis mejillas. En Auschwitz, luego de una de esas selecciones, fuimos enviadas al Lager VII, que era un campo pequeño. En el tren nos dieron mantas porque estaba helando. Cuando las agarramos nos dimos cuenta de que estaban llenas de piojos y pulgas. Cuando llegamos fuimos directamente a la desinfección.

A medida que nos acercábamos al final de la guerra nos enviaron a los Lager XII y V, y la organización del campo empezó a deteriorarse. Una noche, una chica joven vio a su madre detrás de la alambrada de púas y corrió para hablar con ella. Estaban tan emociona-

das que no escucharon el silbato para el Appel. Los alemanes fueron insensibles y ordenaron que fueran electrocutadas en la alambrada de púas.

Recuerdo que, en el último de los campos, vivíamos con la incertidumbre de saber qué harían con nosotros. Una noche, los alemanes nos dijeron que estaban llegando los norteamericanos y que le prenderían fuego a todo el campo. Esperábamos ansiosamente, sabiendo que no podríamos escapar de esa situación.

A la mañana siguiente escuchamos las órdenes de los SS para que nos apuráramos y saliéramos a los caminos. Durante tres días y tres noches nos llevaron caminando. Los aviones aliados volaban sobre nosotros, pero no nos bombardeaban porque podían ver nuestros uniformes de prisioneros.

Hay algunas pesadillas que me persiguen y continuarán persiguiéndome por el resto de mi vida. ¡Estas cicatrices son para siempre! Sin embargo, hay sobre-

vivientes que han llegado a apreciar mucho la vida.

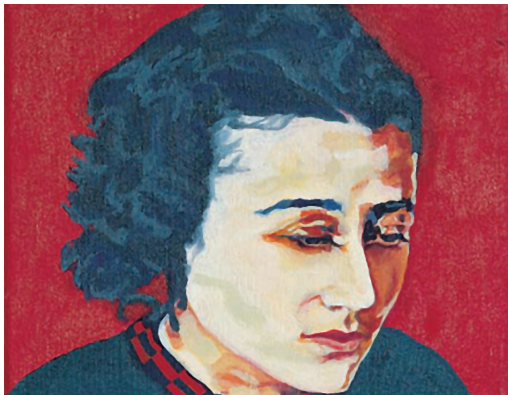
Lo que viví en el Congo, luego del Holocausto, con familiares y amigos que me mimaban, fue como haber nacido de nuevo. ¡Fue como haber ido del Infierno al Paraíso!

Me he preguntado sobre el significado del sufrimiento, si servía para algo. Nunca he mirado para atrás. Siempre quise ir hacia delante. Sin embargo, no me avergüenza decir que no puedo estar con alemanes. Simplemente, no puedo borrar todo lo que me sucedió y a mi gente.

de Revista *Nuestra Memoria*, Año XII, N° 27, junio 2006.

Sobrevivir

Bruno Bettelheim



Llenos de consternación, vemos que se nos ha obligado a constatar que aquello que el hombre racional creía beneficioso para la vida también es capaz de destruirla. A pesar de todas las ventajas que nos ha proporcionado, el progreso científico y tecnológico también ha llevado a la fisión del átomo y al holocausto de Hiroshima. La organización social que creíamos que iba a proporcionar una seguridad y un bienestar cada vez mayores se utilizó en Auschwitz para asesinar con mayor eficacia a millones de personas. La reorganización de la sociedad rusa para alcanzar un sistema social más beneficioso produjo la muerte de incontables millones de ciudadanos.

Esto es lo que me sucedió a mí, al igual que a miles de personas, cuando en la primavera de 1938, inmediatamente después de la anexión de Austria, por primera vez me arrestaron en mi domicilio y me retiraron el pasaporte, haciendo con ello imposible la emigración por la vía legal, y cuando a las pocas semanas, estuve en la cárcel unos días y luego fui transportado al campo

de concentración de Dachau. Lo mismo les ocurrió a decenas de millares de personas en noviembre del mismo año a consecuencia del vasto pogrom desencadenado tras el asesinato de Vom Rath, y, de forma aún más horrible, a los millones de seres humanos que fueron enviados a los campos de exterminio durante la guerra.

En ciertos aspectos yo estaba mejor preparado que muchos de mis compañeros de cautiverio para soportar la conmoción inmediata producida por esta «experiencia límite», ya que mi interés por la política me había permitido familiarizarme con los escasos informes surgidos del Tercer Reich que contaban cómo era la vida en dichos campos. Además, a través de las enseñanzas del psicoanálisis había llegado a conocer las vertientes más tenebrosas del hombre: sus odios y su capacidad para la destrucción, el poder de aquellas fuerzas a las que Freud había dado el nombre de impulso de muerte.

En cierto sentido también fui afortunado. Durante el viaje resulté lo bastante malherido como para que un médico de las SS se ocupara de mí al día siguiente de mi llegada a Dachau. El médico me permitió tres días de descanso total, a los que siguió una semana de trato preferente (Schonung). Esto me brindó la oportunidad de recuperarme hasta cierto punto. Además, y puede que a la larga ello resultara aún más beneficioso, me permitió reflexionar sobre mi experiencia, poner en orden mil primeras impresiones sobre los efectos que en mis camaradas y en mí mismo producía nuestra horrible situación, así como ver de qué manera la afrontaban los presos que ya llevaban unos años en los campos de concentración.

Esto me demostró la validez de lo que había aprendido durante mi psicoanálisis; hasta qué punto ayuda a una reconstrucción psicológica el tratar de comprender nuestras respuestas mentales a una experiencia, y hasta qué punto es provechoso comprender lo que

pasa por las mentes de las demás personas que viven la misma experiencia.

de Edit. Crítica, Barcelona, Grijalbo Grupo Editorial, 1981.

Ana Frank

S. Bruchfeld y P. Levine

Ana Frank nació en Frakfurt del Main, Alemania, en junio de 1929. Su diario es uno de los documentos más famosos del Holocausto. Comenzó a escribirlo cuando tenía trece años.

Poco después de la llegada de Hitler al poder, en 1933, Ana huyó con su familia a Holanda. La acompañaban papá Otto, mamá Edith y su hermana, Margot. Al igual que otros judíos alemanes, la familia Frank creyó haber encontrado en Holanda un refugio libre de persecuciones. La ocupación alemana de este país en mayo de 1940, representó un abrupto final para la vida cotidiana de la familia Frank en Ámsterdam. Las persecuciones nazis de los judíos en los Países Bajos y en toda Europa Occidental obligaron a Otto Frank a preparar un escondite para su familia para escapar así a la deportación a los campos de exterminio en Polonia. La familia se escondió en un recinto secreto del desván de su casa en julio de 1942.

Ana escribió en su diario acerca de la decisión final tomada:

«Esconderse era peligroso. Los judíos escondidos que eran descubiertos o que fueran traicionados eran rápidamente enviados a un campo de concentración. El castigo por haber ayudado a alguien era la muerte».

A pesar de que la familia recibió ayuda de los vecinos, la Gestapo obtuvo información sobre su existencia y los apresó en agosto de 1944.

Al igual que más de 100.000 judíos de los Países Bajos antes que ellos, la familia Frank fue conducida a un campo en las afueras de Ámsterdam, y desde allí fue deportada al campo de concentración de Auschwitz a principios de septiembre de 1944. Edith Frank murió poco antes de que Auschwitz fuera liberado, en enero de 1945, mientras que Ana y Margot fueron enviadas a Bergen-Belsen, en Alemania. Allí fallecieron ambas, víctimas del tifus, en marzo de 1945. Jamás tuvo-

ron la oportunidad de experimentar la liberación. Otto Frank sobrevivió al cautiverio de Auschwitz. Con el tiempo volvió a Holanda, donde le devolvieron el diario de Ana, que amigos de la familia habían recogido y guardado.

de De esto contareis a vuestros hijos... Un libro sobre el holocausto en Europa, 1933-45, Estocolmo, Secretaría de Gobierno, Suecia, 1998.

Memoria

Eugenia Unger (fragmento)

Sin memoria no tenemos presente, futuro ni esperanza. A todos nosotros, los sobrevivientes, se nos acerca el tiempo de partir; unos antes, otros después. Quisiera que cada uno de ustedes sea las otras voces que, a parir de hoy, transmitan nuestra historia, nuestro testimonio.

Quisiera que ustedes sean los que repitan, a través de los mares, los ríos y las montañas, nuestro padecimiento. Quisiera la promesa de vuestro compromiso con nuestra causa y la lucha contra la discriminación. Quisiera que el olvido no invada vuestras almas, así sabré que la memoria de nuestros seis millones de hermanos será honrada por siempre. Yo podré, recién entonces, descansar en paz.

de Memoria y legado. Después de Auschwitz, renacer de las cenizas, Buenos Aires, Edit. Mila, 2006.

▶ «No es que la experiencia vivida sea indecible. Ha sido invivable», escribe Jorge Semprún. Aquellos que atravesaron la experiencia concentracionaria dicen que sólo podrían dar testimonio real sobre ella los que allí murieron. Sin embargo, los testigos persisten en la tarea de mantener viva la memoria de las víctimas, ya sea a través de las huellas que dejaron en su paso por el campo –imágenes, poemas, diarios– o dando su testimonio como sobrevivientes.

Auschwitz

León Felipe (fragmentos)



Esos poetas infernales,
Dante, Blake, Rimbaud...
que hablen más bajo...
que toquen más bajo...
Hoy
cualquier habitante de la Tierra
sabe mucho más del infierno
que esos tres poetas juntos.
Yo sé que Dante toca muy bien el violín...
¡Oh, el gran virtuoso!!!
Pero que no pretenda ahora
con sus tercetos maravillosos
y sus endecasílabos perfectos
asustar a este niño judío
que está ahí, desgajado de sus padres...
Y solo
¡solo!
aguardando su turno
en los hornos crematorios de Auschwitz.
Dante...tú bajaste a los infiernos
con Virgilio de la mano

(Virgilio, «gran cicerone»)
y aquello vuestro de la Divina Comedia
fue una aventura divertida
de música y turismo.
Este es otra cosa...otra cosa...
¿Cómo te explicaré?

*de Barbarie y memoria, fragmentos literarios del Holocausto y la
dictadura militar, Buenos Aires, Ediciones de la Gente (Inst. Movili-
zador de Fondos Cooperativos), 2000.*

Nosotros los sobrevivientes

Erika Blumgrund

Nosotros, los «sobrevivientes»
¡de repente enos encontramos en el proscenio!
Iluminados, examinados, interrogados, por sentimientos,
Por el modo de transmitirlo a nuestros hijos,
Por los comentarios de ellos...
Diferenciados de la gente «normal»
Nos sentimos clasificados en una categoría especial.

Nosotros, los «sobrevivientes»
Hemos despertado el interés de psicólogos,
Historiadores, escritores y cineastas.
En una suerte de «pánico a la hora de cierre»
-claro, «cada vez somos menos»-
Nos vimos urgentemente «descubiertos»,
Y debemos –así nos dicen-
Cumplir con el compromiso
De perpetuar lo vivido y revelar
Nuestra alma a la posteridad.

Así desenterramos los recuerdos
Del último cajón...
Reabrimos las viejas heridas
(acaso alguna vez cicatrizaron?)
Porque nada debe perderse,
Ni siquiera las lágrimas.
Valientemente nos ubicamos en la luz del proscenio.

Nosotros, «los sobrevivientes»

de *La corriente de la vida hacia su desembocadura incontenible*
fluye... versión castellana de Jorge Hacker, Buenos Aires, Edit. Mila,
1995.

▶ En la página siguiente incluimos el testimonio de una sobreviviente de un campo de concentración de la última dictadura militar en la Argentina. Reflexionen acerca de los condicionantes que encuentra el sobreviviente una vez que se produce su liberación. ¿Qué diferencias puede haber entre las voluntades sociales de escucha u olvido y el mandato de testimoniar y recordar que muchos de ellos se imponen?

La voz de los sobrevivientes

Lila Pastoriza



Yo creo que en Argentina, ya desde el período de la dictadura, cobra importancia el rol de los sobrevivientes. En los centros clandestinos la posibilidad de contar, de que alguien, aunque sea uno, se salvara para denunciar, fue uno de los ejes de la resistencia y de la misma posibilidad de sobrevivir. Esa fue una especie de obsesión para los prisioneros. En mi caso, que estuve en la ESMA (donde se dio una experiencia bastante particular), el tema de que alguno de nosotros lograra salir y pudiera contar lo que allí ocurría fue más allá de esta obsesión propia de la situación de los centros clandestinos; también desempeñó un papel importante en el compromiso un tanto difuso -pero compromiso al fin- de quienes integraban el grupo que finalmente salió en libertad, al cual yo pertenecía. Uno de los puntos era el compromiso de dar testimonio. Y de algún modo, nuestra primera acción en términos de memoria se dio cuando, aun en la época de la dictadura, algunos salimos en libertad al exterior y comenzamos a dar a conocer lo que sucedía y se empezó a hacer llegar a algunos organismos internacionales -de

modo disperso, a veces públicamente, otras en forma confidencial- testimonios y denuncias de lo que ocurría en los centros clandestinos de Argentina. Estas voces estuvieron entre las primeras que contaban qué estaba pasando en ese mundo que, hasta que uno estaba ahí adentro, era una incógnita total. Esas declaraciones de diverso tipo, en general daban información sobre quiénes estaban a cargo de la represión, cómo estaba organizada, los nombres de los prisioneros que podíamos recordar, el tema de los partos y la apropiación de los chicos que nacían allí, entre otros datos.

Fue una etapa difícil. Primero porque, obviamente, la situación se daba todavía en la época de la dictadura y, de alguna manera, la experiencia que nosotros habíamos hecho en los centros clandestinos era absolutamente impensable desde la lógica de los grupos políticos y los exiliados. Es decir, manejábamos situaciones muy distintas; éramos sospechosos; había una pregunta que se imponía, que era el «por qué estás vivo», una pregunta que para nosotros era absoluta-

mente imposible de responder...Y vivíamos con mucha culpa esta imposibilidad de respuesta (...)

Evidentemente, había muchas cuestiones que hacían muy difícil explicar cuál era el mundo de los centros clandestinos, todo lo difuso que había ahí. La gente nos pedía héroes o traidores, blanco o negro, cosas que no existían de esa manera, o, por lo menos, no existieron en mi experiencia. Pero, además, decir que no existían también era medio sospechoso. La sospecha de por qué estábamos vivos y qué habíamos hecho para estarlo, era una especie de «por algo será».

En ese sentido, esa etapa fue muy difícil. De todos modos, lo importante era poder dar cuenta de lo que pasaba. Y empezaron los testimonios y relatos a tener llegada, empezaron a enterarse los familiares, los organismos, etc. Lo que sucedía era que había cuestiones que se daban en contextos diferentes. Como, por ejemplo: en un momento en que los organismos de derechos humanos y los familiares planteaban «la apa-

rición con vida», nosotros les decíamos «los asesinaron; asesinan, matan a todo el mundo». Y lo decíamos porque considerábamos que era importantísimo saber que ésa era la política, el exterminio, que el destino fijado para los prisioneros era la muerte. Esto también provocaba un cortocircuito serio. Fue un tema que de a poco fue evolucionando...hoy nos resulta más comprensible que entonces provocara rechazo.

de El rol del sobreviviente. Una mirada que se abre al futuro, Revista Puentes, Año 5, N° 13, noviembre de 2004.

Los límites de lo posible y lo esperable

Alejandro Kaufman

Los acontecimientos del horror nos ofrecen una profusión ilimitada de testimonios, representaciones, imágenes y relatos. Una masa discursiva e icónica se presenta frente a las sociedades y las generaciones como un interrogante sobre la viabilidad de nuestra existencia como especie. Ese interrogante no es normativo ni epistémico, sino ético. Por ello afecta a todos y a cualquiera, y también por ello suscita interrogantes sobre la transmisión intergeneracional y la pedagogía de la catástrofe. Un debate sobre cómo enseñar la teoría de la gravedad o la morfología de las hormigas no presenta ningún problema comparable con el que suscita la memoria del horror.

La densidad que atañe a la enseñanza de esta cuestión es que en nuestra época se presenta ante cada ser humano como un interrogante sobre su propia existencia, sobre los límites de lo posible y lo esperable en una vida que se desenvuelva después de Auschwitz. También por ello la dimensión factual de este debate y de esta pedagogía no están en el centro de

la cuestión, ya que la pregunta no es ¿ocurrió? o ¿qué ocurrió? sino, ¿cómo pudo haber ocurrido?, y ¿puede volver a ocurrir?, o aún más: ¿acaso no volvió a ocurrir? y, además, ¿no sigue ocurriendo?

de Aduanas de la memoria. A propósito de Tiempo Pasado de Beatriz Sarlo, Revista Zigurat N° 6, noviembre de 2006.

► «Cualquier debate sobre ideales de educación es vano e indiferente en comparación con éste: que Auschwitz no se repita. Fue la barbarie contra la que se dirige toda educación. Se habla de inminente recaída en la barbarie. Pero ella no amenaza nuevamente: Auschwitz lo fue; la barbarie persiste mientras perduren en lo esencial las condiciones que hicieron madurar esa recaída».

Theodor Adorno

Créditos

Mirta Kupfernic



Página 24:
ANTES DEL FINAL
AGUAFUERTE-AGUATINTA
40 X 30 CMS
2005.



Página 47:
SER TESTIGO (DET)
HELIOGRAFÍA
080X 1,20 CMS
2007.



Página 30:
EXILIO (de la serie LA PIEL DE LA MEMORIA)
OLEO SOBRE TELA
2 X 1,50 MTS
2007.



Página 77:
MILNUEVECUARENTICUATRO
AGUAFUERTE-AGUATINTA
1 X 0,70 MTS
2004.



Página 32:
TUS MARCAS MIS MARCAS
De la serie LA PIEL DE LA MEMORIA
AGUAFUERTE-AGUATINTA
0,67 X 1 MTS
2007.

